

La Ilustración Artística

Año XIII

← BARCELONA 15 DE ENERO DE 1894 →

Núm. 629

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ABANDONADA!

Copia del cuadro de F. Uhde, grabado por Brendamour

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar.—*Crónica de la campaña*, por José Ibáñez Marín.—*¡A buen tiempo!* (conclusión), por Antonio de Valbuena.—*¡El primero!*, por P. Gómez Candela.—*Nuestros grabados.*—*Miscelánea.*—*Hechizo peligroso* (continuación), novela de A. Theuriet, traducida por Carlos Frontaura.—*Bellas Artes.*—Libros.
Grabados.—*¡Abandonada!*, copia del cuadro de G. Uhde.—*Melilla. Una batería de artillería yendo á tomar posiciones; Convoy destinado á proveer de agua el fuerte de Rostrogordo; Sistema de telegrafía por hogueras empleado por las kabilas; Vendedora de buñuelos; El lavatorio en el cuartel de caballería*, cinco grabados.—*Pescadores pescados*, grupo escultórico de Aniceto Marinas García.—*En marcha para la fiesta*, cuadro de León Fortunski.—*Arquímides*, estatua de B. Civiletti.—*El Dr. D. Andrés Clemente Vázquez.*—*Pandereto*, el último toro que ha matado Lagartijo, estatua de José G. Ortiz.—*Azaleas; Siguiendo al guía*, cuadros de A. Moore.—*Ortillio*, cuadro de F. Mock.—*¡Alto!*, cuadro de L. Barrau.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El frío.—La nieve.—Un invierno en París y un invierno en Madrid.—A la hermosa Valencia.—Las fiestas del espíritu.—Homenajes á Núñez de Arce.—Novela reciente de Pérez Galdós.—Culto religioso al idioma nacional.—Libros europeos notables.—Último tomo de la Geografía por Eliseo Reclus.—Ciencia y diligencia de tan sabio escritor.—Sus ideas anarquistas.—Impresión que sobre su espíritu hace América.

Tiritamos. El sudario de los muertos cubre la tierra de los vivos. Nunca pude sacarle á la nieve punta de poesía, quizá porque sobre mi cuna sólo nevaban los blancos y aromosos azahares. Acharcaré á manía de viejo lo que voy á deciros, mas entendedlo: no me parecían los inviernos de mis mocedades tan rigurosos como los inviernos de mi vejez me parecen. Y no hablo de la estación primaveral, á que llamábamos en Levante, por llamarle de algún modo, invierno; hablo de Madrid mismo, donde rarísimas veces nevaba, cuando nosotros íbamos desde San Isidro á la Universidad y desde la Universidad á San Isidro desalados en requerimiento del catedrático y del saber. Quizás explicaréis esta mi aprensión por el frío interior habido en el ánimo, y por las visibles arrugas habidas en el rostro á los glaciales soplos del vendaval de los años; y no estaréis muy lejos de acertar. El invierno más invierno de toda mi vida fué sin duda el primero pasado en París, el noviembre y diciembre del sesenta y seis. Catedrático desde la infancia casi, pues niño podía llamarse allá por el cincuenta y dos al muchachuelo que profesaba una cátedra de griego en San Carlos, á que concurrían trescientos alumnos, volví, durante mi emigración, á ser discípulo, sentándome sobre los duros bancos de la Sorbona y del colegio de Francia como cualquiera de los estudiantes. ¡Y qué frío tan diverso, vive Dios, el frío cogido yendo por las mañanitas invernales á la Universidad de Madrid, del frío cogido yendo á la Universidad de París! ¡Cuál número de veces el aliento se me congelaba sobre los labios, colgándose diminutos carambanillos del bigote, que me hacían llorar involuntariamente á sus tirones, y hasta las lágrimas aquellas se congelaban, análogas con las de cristal que tienen los santos en las efigies de nuestras iglesias! Un día del espantoso enero de sesenta y siete hallábame yo desesperado en mi cuarto, por llevar de nevascos tres ó cuatro semanas consecutivas, cuando resuena una voz de vendedora de naranjas, gritando: *¡A la belle Valencia!* Véndense á porrillo en París naranjas bajo los más intensos fríos, indudablemente para consolar á la población, aterida entre nieves y hielos, del agrio clima, con las aromosas y pintadas frutas del Mediodía. Cada clase de naranjeros, como llamamos á los vendedores de naranjas, tiene allí fórmulas y consignas y señas de su expendición y despacho consagradas por el uso. Mientras en el teatro las venden dentro de canastillas, puestas sobre las dos manos al nivel de las sienas, con el nombre propio suyo, *des oranges*; en las calles conducenlas vendedoras, bastante machuchas ya, sobre carretones, con muy buen orden dispuestas en montoncitos, ofreciéndolas por la frase arriba recordada: *¡A la belle Valencia!*; ó sea en traducción literal: «A la hermosa Valencia.» Imaginaos cuál efecto harían en joven levantino, emigrado, aquellas evocaciones de su feliz tibia región, bajo caperuzas enormes de nieve amontonada en todos los techos y sobre océanos de hielo tendidos por plazas y por calles. No, les decía yo, hablando conmigo á solas como un loco, no podéis figuraros la hermosura de Valencia, puesta por Dios entre sus bosques de naranjos, sobre cuya fronda, cargada con los frutos de coral, vibran las palmeras mecidas por el aliento tibio de aquel Mediterráneo, que brilla, igualmente de noche que de día, como un espléndido cielo, y que tiende por todas partes un vivificante calor. Pues el Madrid de este enero del noventa y cuatro se va pareciendo y mucho al París del enero de sesenta y siete, y Valencia se va pareciendo á Madrid.

Dos fiestas del espíritu han esclarecido y calentado este obscuro y frío mes: el homenaje tributado á Núñez de Arce y la publicación de una novela escrita por Pérez Galdós. Poco dados los españoles á festividades literarias, en otros pueblos frecuentísimas, criticamos con mayor facilidad que vemos esas hermosas expansiones del espíritu. Y sin embargo, precisa preguntar á los murmuradores, que muerden todo renombre con los dientes de su envidia y apagan todo entusiasmo con el soplo de su crítica, cuál premio habrá de reservarse al poeta en una patria como la nuestra, quien tanto por su poesía brilla y á tan bajo precio la paga. No hace muchos días he recibido yo de célebres corporaciones literarias húngaras invitación á escribir un autógrafo, que pondrán ellas en el álbum consagrado á honrar el nombre y la gloria de Jokai, todavía vivo. Y Jokai, aunque gran escritor, sólo se aparece á nuestros ojos como un escritor de combate, si bien de combate por la libertad y por la patria. Núñez de Arce, dada la grandeza de su estro y la copia de ideas con que dotara y enriqueciera sus obras, merece cuantos lauros han ceñido á su cabeza y cuantos homenajes han depositado á sus pies, pues su voz es una de las voces más altas y sublimes que hayan salido jamás del espíritu de nuestro siglo. Y asiste una especial razón á sus admiradores, entre los cuales de antiguo me cuento, para ofrecerle todo el incienso de sus admiraciones: la pureza de aquella su clara y castiza lengua, matiz bellísimo del Verbo, que se dilata desde las canciones de Gesta en progresión ascendente, hasta las arengas de nuestra inmortal tribuna y las cadencias de nuestra inmortal poesía. Las naciones poco cuidadoras de su lengua perecen pronto, mientras que las naciones conservadoras del esplendor nativo, que despiden sobre la eternidad su Verbo, perduran y progresan. Mucho antes de haber caído Roma bajo la barbarie de sus irrupciones boreales hedía la infeliz á muerta, según la corrupción de su latín, ya hinchado con la hinchazón de los cadáveres. ¡Gloria, pues, á Núñez de Arce, quien será por la posteridad inscrito entre los primeros poetas y los primeros hablistas de nuestra patria! Y buen augurio del año comenzararlo con el reconocimiento de su mérito indudable y el homenaje á su nombre inmortal. Análoga ventura nos promete la buena idea que Pérez Galdós ha tenido de abrir el año con una de sus bellísimas novelas. Yo he leído únicamente de la última los capítulos impresos en varios periódicos, así de Madrid como de Barcelona, y puedo decir que me han cautivado con la fluidez de su estilo sin énfasis, con la naturalidad de sus diálogos sin chocarrerías, con el estudio de sus tipos observados á virtud de una profunda penetración que suple mucho á la experiencia y redivivos en aquellas admirables páginas merced á un poder de creadora evocación verdaderamente maravilloso. Reciban los dos eximios escritores, honra de las letras españolas, el parabién que les dirige su fraternal amigo, quien sólo en las letras ha podido encontrar alivio á los dolores de su corazón y restañar las cruentas heridas de su alma.

Volvamos, pues, á las letras europeas los ojos, después de haberlos fijado en España, y recreémonos con los testimonios que nos han dejado de su imperio en el año último. Tres obras resaltan de suyo entre todas las demás, que honran los últimos doce meses: una referente á pueblos cuyas frentes llevan el resplandor de lo porvenir, y otras referente á pueblos arqueológicos y envueltos ya en lo pasado. La obra que á lo porvenir se refiere trata de regiones, magüer sus desgracias, tan llenas de promesas generadoras de fundadísimas esperanzas, como aquellas donde se alzan las tres repúblicas, puestas en las cercanías ó en las riberas del Plata, el tomo último de la Geografía de Reclus, cuya celebridad se ha renovado ahora por los procesos anarquistas; y las obras que á lo pasado se refieren, son, primera el arreglo de Antígona, hecho para la escena del Teatro francés por mi amigo Augusto Vacquerie, tan docto como inspirado, y segunda la Historia del Arte myceno, publicada por el editor Hadette en estos últimos días, y escrita por un doctor, en estas materias tan competente cual el sabio Jorge Perrot.

Un verdadero monumento la primera, la Geografía de Reclus, por compendiar en voluminosa Enciclopedia todo aquello que de la tierra se conoce y se sabe ahora en estos nuestros días. Desde las fotografías de los astros hechas en luminosas noches por los Observatorios, hasta las estadísticas de los granos del trigo transportados en el cambio universal, todo allí está reunido con paciencia de antiguo monje y clasificado con método de verdadero sabio. Extraña persona este Reclus. Yo le vi hace muchos años en Ginebra, y hablé largamente con él. Los estudios continuos á que siempre se ha entregado y el régimen vegetal de que siempre se ha nutrido le daban

aspecto de un asceta frío, del todo ajeno á este nuestro mundo. No es el primero á quien yo he visto comer tan sólo hierbas, cuando mis viajes por Europa; he visto á otros muchos, y con la pretensión de que, dotados con sustancias fosfóreas los vegetales por ellos consumidos, se depositaban éstas en el cerebro y lo hacían luminosísimo como un farol conteniendo muchas luminarias. Y diz que, por favorable al entendimiento, estableció Pitágoras el régimen vegetal para sus discípulos, y los atiborró de habas, como de un alimento muy propio á nutrir también y conservar las ideas. Lo cierto es que Reclus, entre la nutrición de su alma con las ciencias y la nutrición de su cuerpo con las berzas, parecía, cuando yo le conocí, un penitente, y era un revolucionario. La idea socialista se mantiene como un fuego concentrado dentro de aquel hombre frío y silencioso. Esta idea socialista no es de aquellas que mantienen el Estado, y aun lo agrandan y lo extreman; es de aquellas que lo combaten por innecesario y que lo creen destinado á perecer pronto si la humanidad ha de entrar en la plena posesión del derecho. Reclus es anarquista. Y esta fe suya ó explicará que la policía de París le haya molestado en personas de su familia con motivo del atentado á la Cámara, y que la Universidad libre de Bruselas, no obstante su carácter de radical avanzado, le haya prohibido profesar la Geografía en sus cátedras. Yo en la obra de Reclus veo muchas noticias y muchas ideas; pero escaso estro y poca imaginación. Así no espero, según lo visto en los postreros tomos, referentes á las descripciones de América, sepa describir con color y verdad en este recentísimo los elementos apartados á la vida y á la poesía universal por la pampa inmensa, por los ríos semejantes á mares como el Amazonas y el Plata, por el Brasil y el Paraguay, haciéndonos sentir el horizonte tropical inundado por intensa luz; los mares entre azules celestes y opalados rosáceos como una titánica madreperla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y corales; los cayos cubiertos de vegetación acuática, por infinitos infusorios animada; las bocas de los ríos ceñidas con bambúes flotando á guisa de macetones ó florestas móviles; los montes realzados por un tono lila ó púrpura ó violáceo que le prestan aspecto de grandes condensaciones del éter; el follaje tan intrincado que parece un laberinto de impenetrable verdor y tan variamente matizado que parece una paleta de matices, todos gayos; aquellas familias de insectos, comparables á rubíes y á esmeraldas y á turquesas y á zafiros volando; el voluble movimiento de innumerables alas, en cuyas membranas y plumas parecen esmerarse la gualda y los murices y los añiles para que semejen ramilletes aéreos; las hierbas de mil formas, variadas con ornamentos de flores, las cuales deslumbran los ojos con sus pétalos y enloquecen el cerebro con sus aromas; el tejido espeso de lianas y enredaderas, especie de alfombras pérsicas que por el suelo se tienden ó de chales asiáticos que desde un árbol á otro se cuelgan; el revuelo de los papagayos y de los colibríes y de los pájaros-moscas, cuyos vestidos relumbran como sederías de Catay; los sinsontes en coro, acompañados del chirrido unísono de las cigarras; los plátanos, de hojas tan amplias, con urdimbre tan sólida, que parecen mantos de ricos terciopelos, bordados por el oro de sus encorvadas amarillas frutas; los palmerales de cocoteros saliendo del agua y llegando al cielo; los helechos arborescentes, al ingreso en las selvas vírgenes, que forman por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares y por abajo como un océano de vegetación donde laten abismos llenos de vapores semejantes á nubes indecisas; los maizales de un verdor clarísimo, cargados de panojas que semejan torzales de brillo y rubias cabelleras de finura indecibles; los campeches con sus pintores jugos y los guananos y las chirimoyas de mieles; los cactus con las estaturas de árboles y los caobos y los ébanos de tan sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de hojas innumerables; las erupciones volcánicas de seres animados; la fragancia de olores trascendentes á distancias enormes; las madejas de muy enredadas fibras; el fragor de una sinfonía compuesta entre las olas hirvientes del Océano y los ramajes casi estallando á los excesos de su savia; el conjunto aquel, increíble por su exuberancia y que debe conmover al evocador europeo cuando intente describirlo, como conmoviera el paraíso al Adán bíblico en el momento de levantarse al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal. Con todo esto el diligente y sabio Reclus hará un índice; pero nunca, como hicieron Humboldt y Agassiz y hasta Darwin mismo, sabios como él, por no hablar de Chateaubriand y de Bello, nunca un sublime inspirado poema.

Madrid, enero de 1894

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

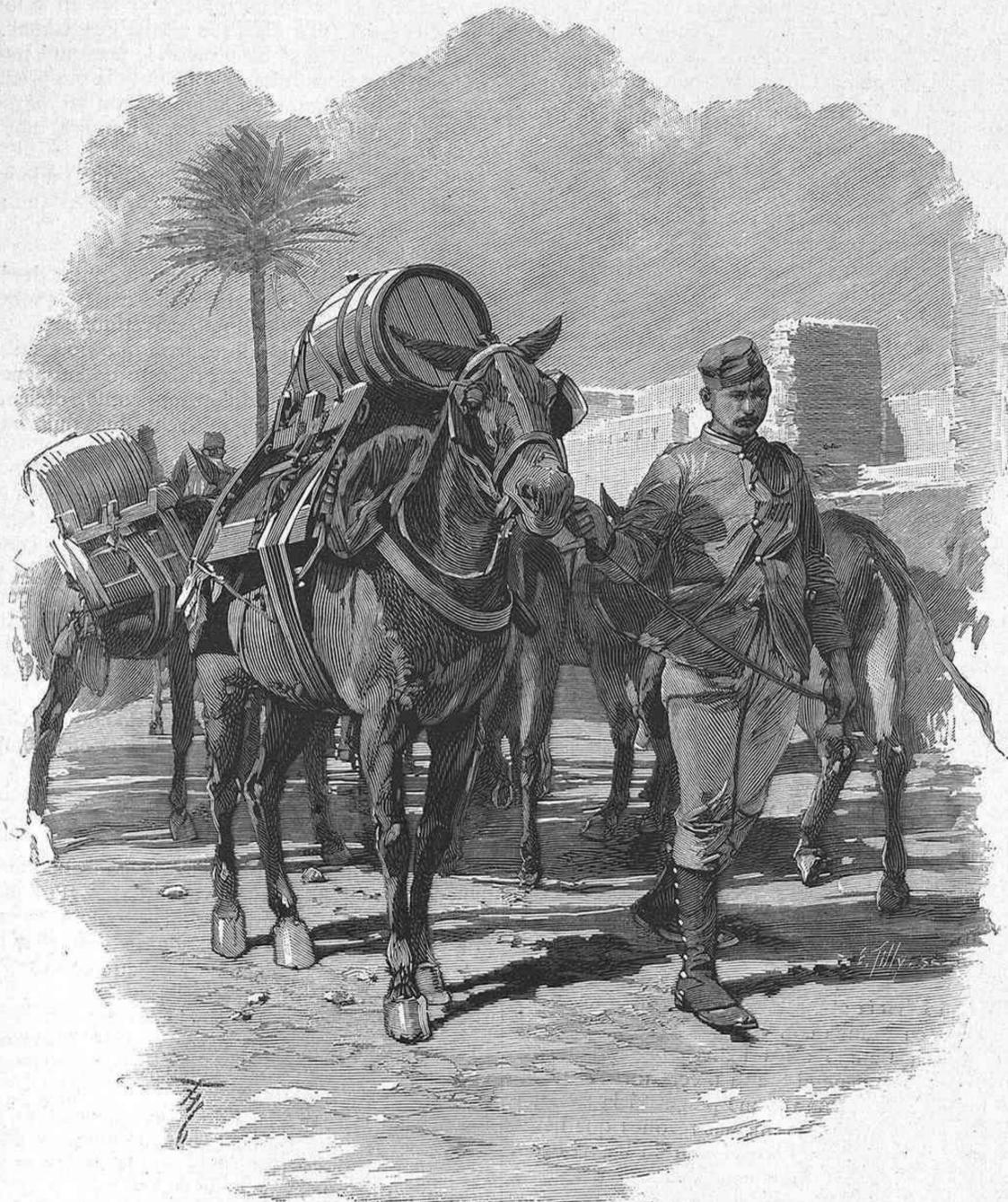
Melilla, 31 de diciembre de 1893

Se apagaron los ecos de las fiestas, y al bullicio juvenil, á las notas de regocijo y de solaz han sucedido las monótonas y sempiternas determinaciones de la vida ordinaria. Con el año que se va marchan también las ilusiones, los bríos de un sentimiento renaciente, las codicias de un pueblo, que si duerme en los negocios de una política bastardeada y egoísta, atisba y ceta en los graves asuntos de Africa, tan gustosos por su tradición, por sus energías y por sus horizontes de grandeza.

¿Aparecerá el año nuevo con otras perspectivas más vigorosas y de realidad más pujante y hermosa? Este problema del Rif, traído á destiempo, provocado por la imprevisión, desarrollado con tibieza y



MELILLA. — UNA BATERÍA DE ARTILLERÍA YENDO Á TOMAR POSICIONES (de fotografía)



MELILLA. — CONVOY DESTINADO Á PROVEER DE AGUA EL FUERTE DE ROSTROGORDO (de fotografía)

Nuestro general en jefe, para cumplir la oferta hecha á Muley Araaf, pagando además una deuda de cortesía, fué al campamento del príncipe marroquí, situado en el poblado de Frajana.

Acompañaron al generalísimo los comandantes de cuerpo de ejército Sres. Primo de Rivera y Chinchilla, los jefes de división Sres. Ortega, Salcedo, Mella y Berriz, algunos oficiales de estado mayor y á las órdenes, y una sencilla escolta de caballería. Hubo mucho rigor para impedir la afluencia de curiosos y reporters.

Ocupa el campamento marroquí una situación deliciosa; sobre un prado verde y fresco se elevan tres tiendas cónicas; una, de adornos azules y fondo blanco, sirve de residencia al príncipe y á su esclavo, un morillo gentil y limpio, cuya edad no excederá de quince años: en las dos tiendas restantes viven el secretario de Muley Araaf, un moro apuesto é inteligente, los kaid de los askarys y los funcionarios de su acompañamiento, personajes de sucia catadura y cuya importancia debe correr pareja con los sueldos de cuatro, siete y diez reales diarios que tienen.

Muley Araaf esperaba á caballo, como á cuarenta pasos de su tienda, á nuestro general; unos cincuenta soldados regulares, formados en dos filas, presentaron las armas; un tambor y una corneta tocaron una quisicosa ingrata al oído. Detrás del príncipe y de su acompañamiento se veía una banda de moros, entre los que se hallaban los kaid de Kebdana, Benisidel, Mazuza, Mezquita, Benisicar, Frajana, Benibifuror y Benibifugar. El cuadro tenía carácter: su originalidad y su color fuerza es confesar que atraían el sentimiento artístico de los españoles.

Para mayor novedad, los cerros fronteros se hallaban coronados de moros, que atisbaban unos, oraban otros y maldecían los más.

El general Campos, luego de saludar á Muley Araaf, se internó en la tienda con él: los demás generales con sus acompañamientos se acoplaron en las tiendas inmediatas, donde se sirvieron huevos duros



MELILLA. — SISTEMA DE TELEGRAFÍA POR MEDIO DE HOGUERAS EMPLEADO POR LAS KABILAS

egoísmo, marcha á un término lógico, dentro de sus tristezas y obscuridades. Todo permanecerá como antes: la frase famosa de la popular zarzuela quedará como norma de lo que aquí ha sucedido: «todo está igual, lo mismo ayer que hoy...»

Triste cosa es en verdad que el abandono, los descuidos, las imprevisiones y anomalías nos sorprendan aun en problemas tan graves como estos de Occidente. Valiera más que renunciáramos á la tradición histórica y á la aspiración nacional. Para acudir con expedientes y formulismos cancillerescos á las exigencias del honor de las armas y á las imposiciones del temperamento nacional, huelgan preparativos bélicos y cuanto pueda significar energías. Mejor es echarse en brazos del azar y dejar que los poderes de Europa nos otorguen por generosa merced algún despojo de sus festines insaciables...

¡Qué amargo contraste el que ofrece el soldado con su empuje y sus entusiasmos frente á lo que muestra la realidad con sus acomodamientos y debilidades! Los que azotaron y mancillaron las armas de España; los que han estado un día y un mes acechándonos, matando españoles, escarneciendo cadáveres, burlándose de nuestro poder, esos bárbaros montaraces cuyos gestos de odio cobarde parecen muecas de cha-

cal... ya están en nuestra plaza, vendiendo huevos, gallinas y gallos; vuelven á estar *farrucos*, como antes del 2 de octubre, y mansos, codiciosos, harapientos, sucios, se llevan la moneda de España, continúan despreciándonos y allá en el fondo de su corazón sanguinario acaso comience á renacer el propósito de matar traidora y vilmente á nuestros soldados... ¿No es cierto que todo esto enciende y enoja?

Precisa ver el cuadro: los rifeños acuden al mercado impasibles, satisfechos, extraños á todo delito y á toda preocupación: su norte no es otro que acaparar monedas á cambio de la mercancía. El soldado los contempla lleno de ira: en su mirar, en sus frases, en el furor que corre por los campamentos y flota en la tienda y en el barracón se adivina el deseo de acuchillar á esa chusma, de lavar las afrentas de ayer, de vengar á los hermanos caídos... Pero la ordenanza ¡ah! la ordenanza guarda sus rigores para el soldado á cambio de sus honores á quien le hiere y mancilla.

Bendita mil veces la paz; mas cuando tiene que obtenerse á costa de tamañas amarguras, ¡qué opaca y cuán luctuosamente se manifiesta su silueta!

con sal negra, un brebaje aromático con galletitas morunas, todo servido en vajilla alemana é inglesa, de escaso valer y ningún mérito.

Terminado el agasajo, regresamos á nuestros campamentos, comentando cada cual á su modo el carnavalesco cuadro de los moros con sus derivaciones y tristezas... Porque cabalmente, en el rápido galopar de la comitiva iban quedando á un lado y á otro los cerros de Cabrerizas y Sidi-Auriach, la cañada de la Muerte y las sepulturas de los que allí sucumbieron, adornadas por un cerco de hierba y por una cruz de palo.

* *

A los dos días de este acto y para dar una prueba de su amistad y *sumisión* á España, vinieron los cabos de kabila con el bajá del campo, el kaid de los askarys y el secretario de Muley Araaf.

En el salón de la casa-gobierno se celebró la ceremonia de presentación y homenaje de aquellos moros á nuestro general, quien les dió la bienvenida y les hizo saber que marchando él á Marruecos á terminar la cuestión pendiente, quedaba reemplazándole en el mando de tropas el general Macías, cuya justicia y entereza ya conocían, y en el gobierno de la plaza el general Arolas, cuyo valor indómito y carácter de hierro habían reducido á los moros joloanos.

Los cabos de kabila hicieron mil protestas de amistad á España, dando seguridades (?) de que la paz no sería alterada y... pidiendo que los moros pudieran volver á la plaza á despachar sus mercancías. Esta gente, como se ve, está más por el huevo que por el fuero: su sagacidad y su astucia saben soltarlas aun en los momentos solemnes y que por su índole se hallan más alejados del tráfico mercantil.

Su pretensión fué atendida, y con efecto, hoy ya se han visto en el Mantelete, en el Polígono y en los campamentos unos cincuenta moros vendiendo perdices, gallinas y huevos, y mostrando ser buenos chicos, incapaces de hacer daño á nadie. Por si acaso, la *fusila* la dejan fuera de los límites, y al entrar en la plaza se les registra por la guardia de Santa Bárbara. Y aun así y todo, entre los pliegues del jaique y en el seno de las bolsas que todos llevan bajo la chilaba suelen ocultar cuchillos y puñales de Albacete y gomas enormes fabricadas en Inglaterra.

* *

Ha comenzado el embarque del segundo cuerpo de ejército, que quedará de observación en los puertos del litoral. El primer cuerpo, reorganizado con dos divisiones á cuyo frente quedarán los generales Ortega y Salcedo, permanecerá en este campo bajo las inmediatas órdenes del general Macías.

El general Campos, embajador nombrado por el gobierno para ultimar con el sultán el conflicto pendiente, saldrá á bordo del *Pelayo* para Mogador y desde allí marchará á la ciudad de Marruecos. El interés del problema ya no radica en Melilla: por aquí, terminó el pleito; y si las costas y desagranos no salen de otro lado, España ha logrado bien poca cosa, pese á sus bríos generosos y á sus anhelos de pueblo viril y celoso de su honra.

Determinar la cuantía de la indemnización y la forma de su pago; fijar la demarcación de la zona neutral y acaso el castigo de los delincuentes rifeños, será la misión encomendada al ilustre general en jefe. Del remate y sesgo de esa embajada puede surgir, como todo el mundo cree, la paz para algunos años; pero también podría sobrevenir la guerra con el Imperio, y en tal caso, no es Melilla base de operaciones para ninguna campaña regular.

Buscaríase entonces otra base y otros objetivos: las fuerzas acumuladas en el litoral y las que hubiera necesidad de enviar tomarían otros rumbos más despejados que estos del Rif.

Allá veremos el resultado. Entretanto, con el adiós cariñoso que se lanza á los soldados que marchan á la península, después de sufrir las inclemencias del tiempo y las dulzuras de la diplomacia, me despido también de estas crónicas, antes muertas que animadas por el eco del cañón y los gritos de la pelea.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

¡A BUEN TIEMPO!..

(Conclusión)

III

»Bueno... Y ¿qué iba yo á hacer de mi vida?.. Por de pronto podía irme á mi pueblo á pasar el verano. Pero ¿y al invierno siguiente?.. ¿Iba á volver á Ma-

dríd?.. Volviendo, como seguramente volvería Luisa, esto era un despropósito... Era buscar mi propio tormento. Porque aun cuando no fuera á su casa, no podría menos de encontrarla alguna vez, y la encontraría tan hermosa... y á lo mejor acompañada de algún novio... lo cual me haría sufrir muchísimo... Y luego, aunque por una casualidad Luisa no volviera al invierno á Madrid, ¿cómo me presentaba yo sin ella delante de mis amigos que sabían mi proyecto de matrimonio para en cuanto me hiciera abogado?.. ¿Había de contar á cada uno la historia de todo lo ocurrido, ó confesarles sencillamente que Luisa me había dado calabazas?..

»Tenía yo un condiscípulo, Enrique Jiménez, que era hijo del director general de Gracia y Justicia en el ministerio de Ultramar. Me había hablado varias veces de unas plazas que había en Filipinas, donde se podía hacer carrera rápida y brillante, pues iba uno de alcalde mayor, que venía á ser como juez de entrada, y á los seis ú ocho años volvía de magistrado á la península. Decíame que si cuando concluyéramos la carrera continuaba su padre de director, él se iría á Filipinas, y me invitaba á acompañarle. Recordé aquellas noticias y aquel ofrecimiento y me fuí á verle...

»Ocho días después recibía el nombramiento de alcalde mayor de Ilocos Norte.

»Aproveché el mes de que podía disponer antes de embarcarme, para ir á mi país á despedirme de mi familia.

»Claro es que mis padres hicieron los imposibles por quitarme de la cabeza el viaje y la alcaldía y el juzgado; pero todo fué inútil. Me escudaba yo con lo malo que estaba todo por acá, con la necesidad de hacer carrera, con el porvenir de las chicas, mis dos hermanas de menos edad que yo, y principalmente con el compromiso contraído ya en el ministerio...

»El cariño á mis padres, á mi madre especialmente, y á mis hermanas me hacía algunas veces vacilar; mas cuando salía al campo y veía el sitio en que había pensado edificar la casa de verano, que ya no se edificaría nunca, porque no tenía á quien aposentar en ella, me entraba una tristeza tan grande que la estancia en aquel pueblo, antes tan querido, se me hacía insufrible.

»Desaparecí de allí una noche sin despedirme, y á los cinco días me embarcaba en Barcelona.

»No te cuento las peripecias del viaje porque fueron, al poco más ó menos, como las que se cuentan de otros.

»Me arrepentía algunas veces de haberle emprendido, pensando que era una locura renunciar á Luisa para siempre. Pero en seguida yo mismo me reía amargamente de lo de *renunciar*, comparando mi renuncia con la de D. Simplicio...

»Aparte de estas cavilaciones y de estas luchas del alma que siempre duraron, no me fué mal en el Archipiélago.

»Dos años hacía que estaba allá cuando me encontré una vez en Manila con el padre Flores, un dominico á quien tiempo atrás había conocido en Madrid, en casa del general Sierra precisamente.

»Extrañóse de verme allí, me preguntó la causa, y le expuse buenamente las mismas razones que había expuesto á mis padres. Pero él con su buena experiencia de la vida y su gran conocimiento del corazón comprendió que le ocultaba la causa verdadera.

»Usted estaba enamorado de Luisa Mendoza, me dijo de repente, con gran sorpresa mía, á la media hora de estar hablando.

»Sí, señor, le contesté como subyugado por su maravillosa perspicacia: es verdad.

»¿Y lo está usted todavía?

»Si he de serle á usted franco.. también es verdad: todavía lo estoy.

»Bien; y ¿qué pasó?.. ¿Riñeron ustedes?.. ¿Le dió á usted calabazas?.. A ver, á ver, cuénteme usted...

»Le referí con exactitud y sinceridad lo que acabo de referirle, y cuando concluí la minuciosa relación me dijo:

»¿No hubo más que lo que usted cuenta?

»Ni más, ni menos, le contesté. Esta es la verdad pura.

»Pues merecería usted un estirón de orejas; porque hizo usted una chiquillada, ó hablando más propiamente una tontería, y perdona la fuerza de la expresión... Es una lástima que no se haya hecho esa boda... Luisa es un ángel, y usted también es buen muchacho, no se envanezca usted, muy buen muchacho... Por más que en eso partiera usted tan de ligero... Afortunadamente la cosa puede tener arreglo todavía. El general Sierra es mi amigo, como usted sabe; tengo mucha confianza con él, y por el primer correo voy á escribirle.

»Me opuse resueltamente á este proyecto del padre

Flores, insistió él, me resistí; pero fué tal su habilidad dialéctica, que logró convencerme, y fundándose en los hechos mismos por mí referidos, me hizo ver, no ya como posible, sino como seguro mi casamiento.

»Estaba yo deseando que llegara el día de salir el correo para España, que la carta del padre Flores llegara á Madrid, que volviera la contestación... cuando ¡ay! otro encuentro inopinado vino á tronchar el fresco y lozano retoño de mi esperanza.

»Enrique Jiménez, que había emperzeado de ir á Filipinas cuando yo, era nombrado alcalde mayor de Cebú dos años después en el testamento del ministro á cuyas órdenes servía su padre, y llegaba de la península.

»¿Sabes á quién he visto en Barcelona, ahora, al embarcarme?, me dijo á poco de estar hablando conmigo... Pues á tu novia, á Luisa, recién casada. ¡Si vieras qué guapa está! Había venido allí con su marido haciendo el viaje de boda, y vivían en la fonda donde yo paré... ¡Te digo que estaba guapísima!..

»¿Y con quién se ha casado?, le pregunté, tratando de disimular el dolor que la noticia me produjo.

»Según me dijeron en la fonda, con un mayorazgo allá de su tierra... Parecía buen hombre, muy corriente y muy campechano.

»Corté la conversacion lo primero que pude y me despedí de mi amigo hasta luego, pretextando un quehacer urgente.

»Puedes figurarte cómo me quedaría...

»Todas las palabras de Enrique á contar desde la de «recién casada» me habían ido cayendo sobre el corazón como gotas de plomo derretido...

»Fuí á ver al padre Flores para que no escribiera al general, y para proclamar delante de su ciencia y de su experiencia mi doloroso triunfo, diciéndole con la amargura del que mil veces más quisiera haberse equivocado:

»¿Ve usted cómo tenía yo razón?..

»No lo veo, me dijo el padre Flores, pero es lo mismo. Ahora ya el caso no tiene remedio. No hay más que bajar la cabeza y conformarse... Le convendría á usted así; porque todo lo dispone Dios para nuestro bien... Al cabo esta vida no es más que un rato, que debemos emplear en prepararnos para la venidera... Regularmente no habrá querido Dios que sea usted feliz en este mundo, para tener más que pagarle á usted en el otro...

»Unos días después, algo consolado con las reflexiones del buen dominico, me volví á Ilocos, rompí el retrato de Luisa en pedazos muy pequeños é hice firme propósito, aunque con esperanza de quebrantarle, de no volver á acordarme de ella.

»¿No habíamos quedado hace ya dos años, me argüía yo á mí mismo tratando de convencerme, no habíamos quedado en que no me quería?.. ¿Por qué me vine á Filipinas sino porque tenía eso como cosa clara é indudable?.. Y no queriéndome á mí, ¿hay nada más natural que el que se haya casado con otro?.. Es una inocentada sentirlo...

»Con estos discursos y principalmente con otro har-to más eficaz para estos casos, con el discurso del tiempo, no fué tan pronto como yo hubiera querido, pero llegué á olvidarla...

»Al cumplirse el plazo de mi permanencia obligatoria en el Archipiélago habían ya muerto mis padres, se habían casado mis hermanas... No tenía prisa de venir y estuve otro par de años.

»Pero al fin de ellos me aburría ya demasiado, y aunque nada me llamaba en la península, ni tenía esperanza de estar acá mucho mejor, quise á lo menos cambiar de postura.

»Llegué á Madrid á últimos de mayo, y me encontré en el hotel de Roma con Jerónimo Parra... ¿te acuerdas?.. le debiste de conocer cuando yo... Aquel asturiano lujoso que capitaneaba á los de los Cabe-ceros en la romería de Santiago el año que apalearon á la guardia civil... Mi tío Eugenio, que era juez de paz, encarriló el asunto por intercesión mía lo más benignamente que le fué posible, y nos hicimos amigos. En el verano siguiente pasó él ocho días en mi pueblo cazando codornices, y yo también estuve unos días en su casa de Sobrefoz. Dos ó tres años más repetimos las visitas... Después habíamos dejado de vernos...

»Charlamos largo y tendido al encontrarnos. Me dijo él que estaba casado, que tenía tres hijos, que ya no vivía en Sobrefoz, sino abajo á la orilla del Sella en Ceneya... Le conté yo mi viaje á Filipinas, los destinos que allí había desempeñado, lo distinto de aquel clima y de aquellas costumbres, mi vuelta... y aun creo haberle dado á entender que el motivo de mi resolución de irme allá tan lejos habían sido unos amores desgraciados, aunque sin puntualizar nada en este asunto, sobre el cual pasé como sobre ascuas...



PESCADORES PESCADOS, grupo escultórico de Aniceto Marinas García

— «¿Y ahora qué vas á hacer?, me dijo cuando concluí.

— «Lo primero descansar del viaje, que bien lo necesito.

— «¿Y después?

— «Después pasar el verano por ahí donde caiga, y allá contra el otoño irme á Sevilla, á cuya Audiencia estoy destinado.

— «Lo que vas á hacer es venirte conmigo á pasar allí una temporada..., todo el verano, si no te aburres...

— «Te lo agradezco, pero no puedo. Estoy muy cansado para emprender otro viaje ahora.

— «No, si no digo ahora: dentro de quince días; cuando yo despache el asunto que me ha traído aquí... Nos vamos..., verás..., el viaje es ya bastante cómodo... Veinte horas á Oviedo en ferrocarril... Allí descansamos un día ó dos, y luego nos vamos á Cangas de Onís en el coche de los Orgas... De Cangas á Ceneya es un paseo... Allí en una casita solitaria entre unos castaños, cerca de la carretera, á la orilla del río, lo pasaremos regularmente... Mi mujer está delicada; pero cuando no se siente bien, se mete en su cuarto y allí reza y llora y no incomoda á nadie. Haremos expediciones á Cangas, y á Ribadesella, y á Covadonga, y á los lagos de Enol... Verás el Beyo, la hoz más estrecha y más larga por donde se ha abierto un camino... Si te sientes con fuerzas subiremos á cazar rebecos á Peña-Santa... Yo paso la mayor parte del tiempo cazando, y á ti también te vendrá bien, después de tantos años de inacción, una temporada de vida montaraz... Verás las romerías de por allí: ya sabes que son muy animadas en Asturias... Y en fin, cuando te canses te marchas.

— «A esta proposición, por más que fuera tentadora, no hubiera yo accedido si se me hubiera hecho una sola vez y de cumplimiento; pero repetida varias veces cada día con verdadero empeño, con indudable sinceridad, no pude menos de aceptarla.

— «Emprendimos el viaje á los quince días, conforme á lo planeado, y el 18 de junio, después de almorzar en Cangas de Onís, montábamos en una cesta que había de conducirnos á la morada de mi amigo.

— «Llegamos á Ceneya á media tarde.

— «Poco antes de pararse el coche me decía Jerónimo:

— «Mira; aquella es nuestra casa, señalando una que se veía ó más bien se adivinaba á la derecha de la carretera entre unos árboles.

— «El sitio me pareció efectivamente delicioso. El río Sella, después de salir muy apurado de las estrecheces del Beyo, echando espuma por todas partes, se sosiega un poco, va corriendo cada vez menos de prisa hasta acabar por deslizarse tranquilo bajo un túnel de copas de nogales, sobre espacioso lecho de cantos rodados blancos y grises que se ven como caprichoso mosaico á través de sus cristalinas aguas. A derecha é izquierda rocas altísimas de caliza moteadas de lilos y de enebros. En los rellanos de la orilla del río verdes maizales cercados de pared seca revestida de hiedras y zarzas.

— «Nos bajamos de la cesta y nos dirigimos á la casa.

— «En un poyo á la derecha de la puerta jugaban unos niños.

— «¿Estos son tus hijos?, le dije á Jerónimo, dirigiéndome al mismo tiempo hacia ellos para besarlos.

— «Sí; ahí los tienes todos tres, me constestó. La niña y el niño más pequeños ya ves qué parecidos son á mí; rubios como yo, con ojos garzos... La mayorcita se parece á su madre.

— «La niña mayor, que tendría unos seis años, al oír que se hablaba de ella, volvió la cabeza y fijó en mí unos ojos negros vivísimos é inteligentes, artísticamente acomodados en un rostro paliducho, pero de facciones muy correctas. Su fisonomía tenía un sello tan especial que me produjo emoción extraña...

— «¿Qué niña más hermosa!... ¿A quién se parece?.. ¿Dónde he visto yo esta cara?.. ¡Calla! Si es la cara de... ¡Dios mío, qué sospecha!..

— «Todas estas ideas cruzaron en un instante por mi mente atropellándose unas á otras...

— «Jerónimo había vuelto á la carretera, solicitado por el cochero, que esperaba órdenes...

— «¿Cómo te llamas, monina?, pregunté yo á la niña mayor al darla un beso en la frente.

— «Luisa, me contestó ella.

— «¿Y no, que te *yamaz Luicina!*, balbució el niño, que era el más pequeño.

— «Me llaman Luisina, repuso ella, porque Luisa es mamá, y para distinguírnos...

— «Mi sobresalto creció hasta lo indecible...

— «¿Qué estáis haciendo?, pregunté á la niña maquinalmente, como queriendo huir de nuevas revelaciones...

— «Hacemos una ermita para entretener á Jerónimo, me contestó.

— «Y tiene espadaña, dijo la otra niña menor...

— «En esto Jeromín, el niño pequeño, removió sin querer el fundamento de la ermita que con piedras y tucos de panojas tenían hecha sobre el poyo, y se vino abajo todo el edificio.

— «La niña Luisa acudió presurosa á recoger de entre las ruinas una fotografía.

— «¡Mi retrato!, dije para mí con creciente asombro, al ver que en efecto era la estampa de este pobre amigo tuyo, hecha por Alviach en sus buenos tiempos... y en los míos.

— «¿Quién te dió ese retrato?, le pregunté.

— «Se le quitó yo á mamá, me contestó bajando los ojos, porque cuando le veía lloraba, y yo no quiero que llore... Verá usted, añadió, volviendo á mirarme, le tenía mamá guardado en una excusabara, y cuando disputaba con papá..., porque papá algunas veces bebe mucho vino..., cuando la decía papá alguna cosa fea, se iba al gabinete y sacaba este retrato y le miraba y lloraba tanto...

— «¡Ah! ¡Me quería!.. exclamé yo con inmensa amargura. ¡Me quería!.. ¡Quién lo hubiera sabido!..

— «En un instante edificué una vez más la casa de la Cuesta de los Avellanos y llené la huerta de árboles y flores; en otro instante lo destruí todo, viendo que ya para nada podía servirme...

— «Me quería... y estaba allí... á cuatro pasos...

— «El pensamiento del bien perdido, el dolor del desacierto pasado y la dificultad de la situación presente se apoderaron de mí con violencia como para destrozarme... Sentí frío en el corazón, calor en la cabeza... Una ola de fuego me subía por la faz, se me quitó la vista y caí redondo...

— «Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...»

— «¡Pobre Javier!, iba yo á exclamar al mismo tiempo que él se levantaba de su silla como por vía de ensayo y añadía palideciendo:

— «¡Ah!.. Y lo peor es que me parece que me voy á volver á caer... ¡Sosténme... sosténme!..

ANTONIO DE VALBUENA

¡EL PRIMERO!

Cualquiera era capaz de sujetar á aquel diablillo de catorce años, tan precoz y tan listo para secundar las truhanerías de sus camaradas, como distraído para oír y comprender las explicaciones del catedrático D. Lucas.

Obligar al muchacho á estudiar Filosofía, y Letras por añadidura, cuando aún no sombreaba el bozo su cara de chicuelo, y hacerle comprender, y lo que es peor, retener en la memoria todo el sistema filosófico de Kant, sin mezcla de otro alguno, que era el sistema filosófico de D. Lucas, y exigirle todo esto al muchacho á los catorce años, era poco más que una tontería que no podía dar ningún resultado bueno.

Y sin embargo, su papá se había empeñado en que fuera bachiller á los doce, y lo fué; se empeñaba en que fuera licenciado á los dieciséis y doctor á los diecisiete, y el chico lo sería, ¡ya lo creo! Pero lo que es estudiar todo el curso, ¡que si quieres! El iba á clase todos los días, jamás faltaba; pero desde la conversación al sueño recorría todos los estados, menos el de enterarse de las explicaciones. Cuánto mejor que todo aquel sermón diario del catedrático, á quien no solía entender más palabras que aquellas con que reclamaba silencio de sus revoltosos oyentes, le resultaba al chicuelo un par de párrafos de aquella novela tan bonita que de vez en cuando se llevaba á clase entre las hojas del programa. Todo iba bien mientras Juanín — que así es como le llamaban parientes y amigos — no perdiera el curso que él pasaba jugando y charlando. Por eso el muchacho necesitaba, luego que junio se acercaba, darse tales panzadas de estudiar para ganar en quince días los nueve meses perdidos, que aquello era cosa que daba grima verle.

El muchacho, por su parte, sufría horriblemente cuando llegaba mayo, principiaba el repaso y se encontraba con que para él era todo nuevo y que ni aun sabía cuál era la ciencia «objeto de su estudio», como decía D. Lucas. Entonces el chico ni salía de casa, ni hablaba apenas con nadie; volvíase melancólico y taciturno y desmejoraba visiblemente. Ya no era aquel pequeñín dicharachero, juguetón y alegre; era el jovencillo aplicado y juicioso: sus padres, acostumbrados ya á verle así un mes cada año, no se preocupaban mucho del cambio del estudiante, y sólo su madre le hacía ver de vez en cuando las ventajas de repartir el estudio entre todo el curso.

Como las clases le ocupaban toda la mañana, Juanito estudiaba tarde y noche hasta que la fatiga y el sueño le rendían. Se encerraba en el despacho de su padre, y allí, sin acordarse de comer, fumando de vez en cuando un cigarro á hurtadillas de su papá (quien

ya lo sabía por su madre, pero que hacía la vista gorda como si no lo supiera), se pasaba estudiando tarde y noche, barajando teorías, silogismos y conclusiones, refutando sistemas y citando nombres que no acertaba ni á comprender ni á pronunciar, imbuendo en su cabeza un fárrago enigmático y poniendo de su parte todo lo que la retona juventud puede poner para entender la grave y seria Filosofía.

El muchacho estaba muy asustado; la Metafísica, que era la asignatura que trataba entonces de aprobar, le traía loco. Y nada, no había más remedio que aprobarla; jamás le habían reprobado, y no había de ser aquella vez la primera.

Todo era cosa de no buscar á los suyos por las tardes, de no salir de casa unos cuantos domingos y de dormir un poco menos.

* * *

Juanito estudiaba en el despacho de su padre, que aún no había vuelto para comer. La tarde, una tarde de mayo, era espléndida. Por el entreabierto balcón llegaban los efluvios que la primavera llevaba del jardín cercano; un aire tibio embalsamaba la atmósfera. Los pequeños de la vecindad no gritaban en medio de la calle como otras veces, y en cambio los jilgueros saludaban el buen tiempo haciendo escalas y arpegios que llegaban hasta los oídos del estudiante, confundiendo con los trinos que hacían los canarios dentro de sus jaulas. El sol, ya próximo al ocaso, reverberaba en las fachadas de enfrente tiñéndolas con rojizos resplandores, y por cima de las últimas cornisas, más alto que el alero de las casas, un cielo despejado, de un azul purísimo, parecía sonreír caprichosamente.

El chirrido que al levantarse produce la persiana de un balcón hizo levantar la cabeza á Juanito, quien deteniendo el acompasado movimiento de la mecedora, á cuyo ritmo iba mascullando una lección, hizo una señal con la sonrosada uña en la hoja del libro, y en vez de seguir mirando las páginas, cerró el texto y volvió los ojos al balcón de la persiana.

— «¡Qué bonito!, pensó.

Y bien sabe Dios que lo era en efecto. Un balcón convertido en jardín hasta el punto de que las hojas de las plantas ocultaban todo el herraje, convirtiéndole en un pensil, en el que las enredaderas adornadas con sus multicolores campanillas subían trepando por cañas y varillas hasta el piso de encima; en que el jazmín y la violeta se confundían con el clavel y el dondiego, y en el que por añadidura aparecía como lo principal del cuadro una cabecita más de niña que de mujer, asomando sonriente como mágica flor, entre un rosal y los claveles, que parecían coronarla con sus pétalos rojos, era de lo más bonito que podía imaginarse.

Juanín miró y remiró; concluyó por dejar el libro sobre la mesa y salir al balcón. ¡Qué bonita era su vecina! El sol reflejó sus últimos rayos sobre el balcón donde estaba aquella muchacha encantadora, orlada de flores y envuelta en aromas, y como si antes de ocultarse quisiera el astro del día despedirse cariñosamente de ella, le envió el postrer beso de sus haces de oro, que realzaron los tonos brillantes de los dorados cabellos de la niña. Los canarios en sus cárceles de alambre, las alondras en los aleros y tejados y los jilgueros en los árboles del jardín próximo redoblaron sus píos y sus cantos, cantó también la vecina, sonó á lo lejos la campana de una iglesia tocando la oración, y todas estas notas, confundidas en el concierto de la naturaleza y en la armonía de todo lo que vive, evocaron en Juanito un algo desconocido.

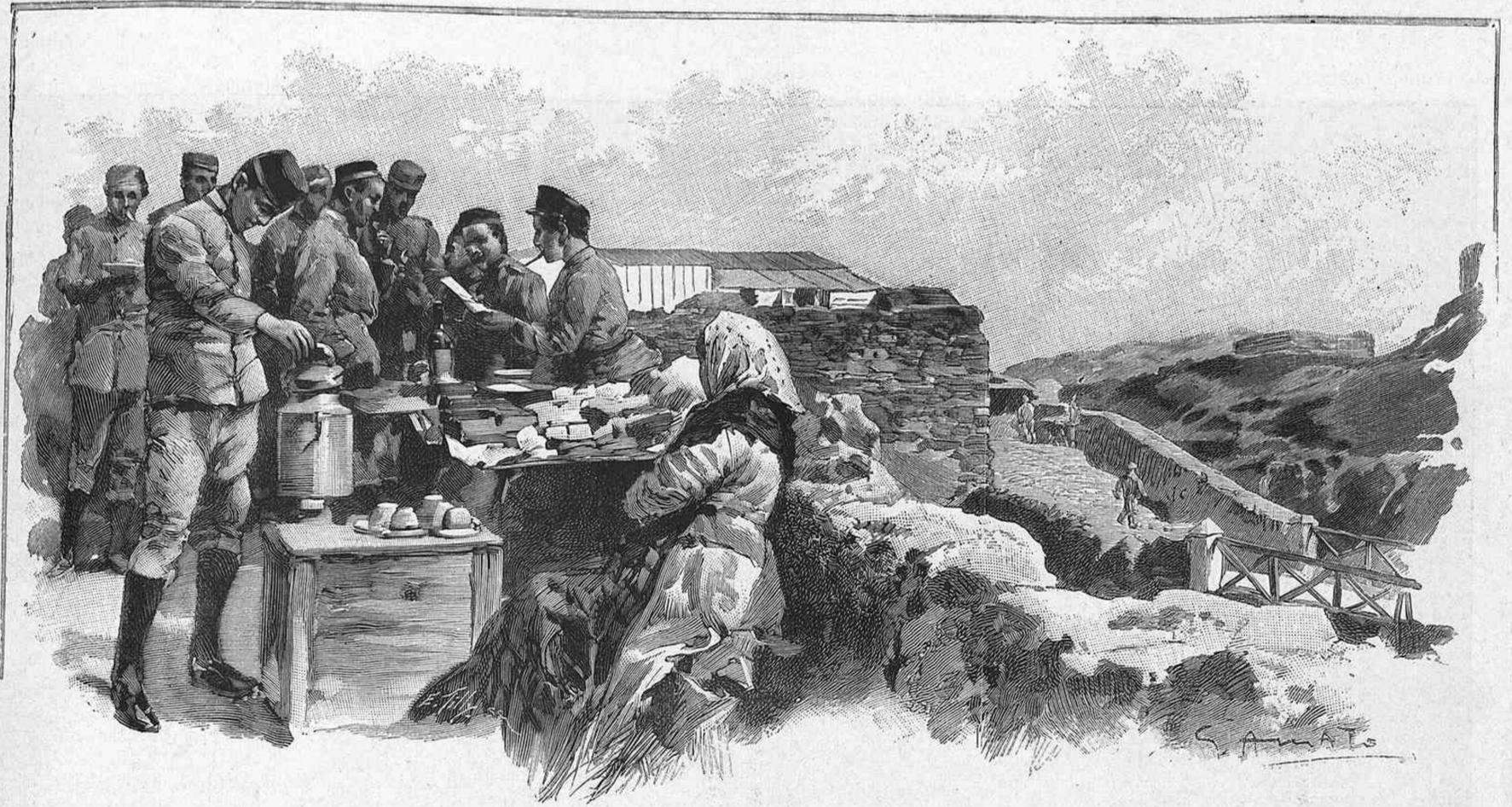
La muchacha clavó en él sus ojos azules como el cielo, y el chicuelo dirigió hacia ella sus pupilas negras y cansadas por el estudio. Pareció como si aquellos dos seres se hubieran dado el primer beso de novios. Eran dos nubecillas cargadas de ilusiones, y la chispa del amor había saltado. ¡Quién hubiera podido predecir la tempestad de aquellos corazones!

Por la calle no transitó nadie, la música que se oía en derredor subió de tono; perdióse el sol en el horizonte y brillaron más fuertes las estrellas en el azul indefinible de un cielo despejado.

* * *

Dos corazones niños habían evolucionado obedeciendo á ese misterio que cambia y transforma el alma humana. La crisálida había tendido su primer vuelo convertida ya en mariposilla; á la existencia de la infancia sustituiría otro vivir; la larva despertaría al fin de su letárgico sueño y adquiriría nueva vida al revolotear con las alas esplendentes del amor.

Amor puro, sencillo, infantil; todo ternura, todo candor, todo inocencia, todo amor. Ese instante primero, que todo lo que existe, desde la flor al insecto



MELILLA. - VENDEDORA DE BUÑUELOS, dibujo del natural



MELILLA. - EL LAVATORIO EN EL CUARTEL DE CABALLERIA, dibujo del natural



LEON FORTUNSKI.
MONACHIUM.

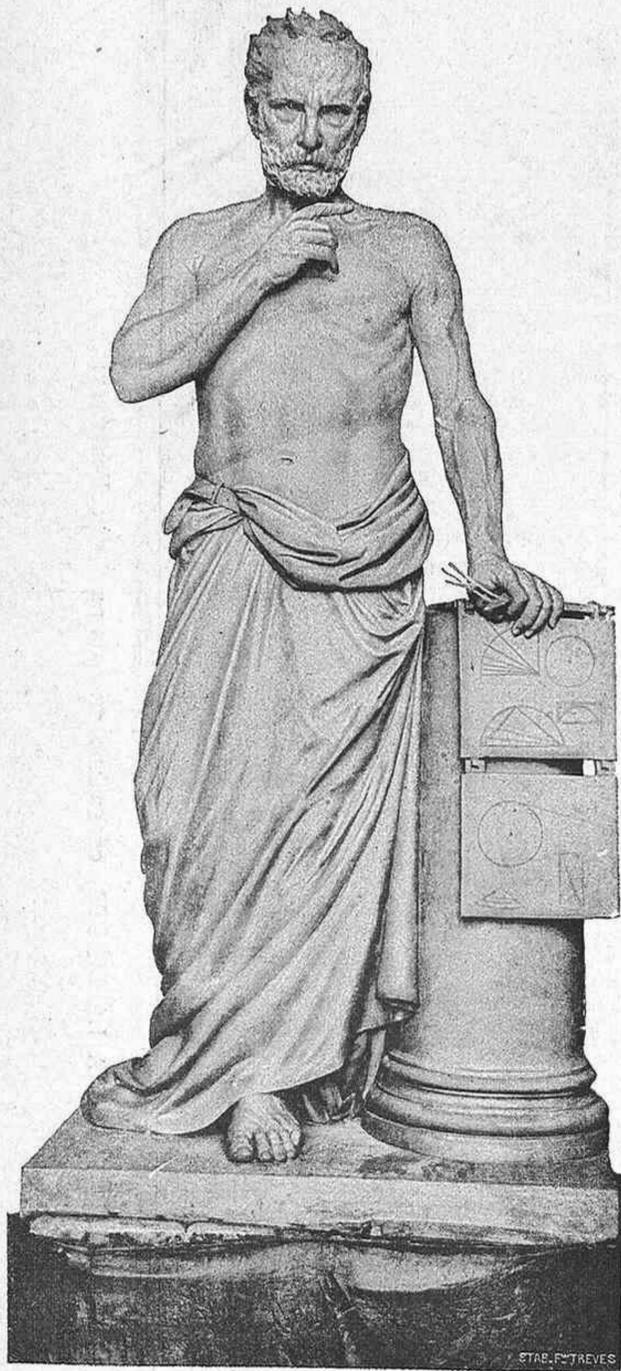
EN MARCHA PARA LA FIESTA, CELEBRADO CUADRO DE LEÓN FORTUNSKI

LEON FORTUNSKI. EN MARCHA PARA LA FIESTA. MONACHIUM.

LEON FORTUNSKI. EN MARCHA PARA LA FIESTA. MONACHIUM.

y desde el tigre al hombre, habrá sentido alguna vez; primer amor en que apenas se habla y se piensa bien, en que se siente y en que se cree. Más tarde las alas del amor irían esparciendo su irisado polvillo, irían perdiendo su color, como pierde la rosa sus aromas; y cuando aquellas alas con que se voló por el mundo de las ilusiones se tendieran para caer, rotas á los embates de la realidad; cuando llegara la época de jurar amor y sospechar celos, no quedaría á aquellas dos almas, entonces fundidas en una sola, más que un recuerdo borroso de unos primeros amores, ya casi olvidados de puro sencillos, pero que serían consuelo de amoríos y lenitivo de amarguras.

Aquel primer amor ninguno de los dos enamorados lo referiría luego; seguros de haber amado de verdad, al menos aquella vez, guardarían su secreto



ARQUIMEDES, estatua de B. Civiletti

como una codiciosa reliquia en lo más íntimo de su ser, no sin evitarse de esta manera que el pícaro mundo les llamara «tontos.»

*
**

Por fin llegó el día temido: el día del examen.

Juanito salió de su casa más asustado y tembloroso que nunca. Cuando llegó á la Universidad observó que las pocas ideas metafísicas que llevaba prendidas con alfileres se le habían olvidado. En cambio, ¡qué bien se acordaba de la vecinita de enfrente! ¡Por vida de!.

Juanín se examinó de Metafísica y le suspendieron; era la primera decepción que sufría y el primer suspenso de la carrera. Lo que pasó entonces por el alma del muchacho no es para contado; baste á mi intento decir que sólo Dios, juez inapelable de todos los tribunales habidos y por haber, sabe lo que el chico sufrió. Esquivando los comentarios de sus camaradas, llegó á su casa llorando á lágrima viva. ¡Bendito el primer suspenso que hacía llorar por primera vez de amor á la vecinita del balcón de enfrente! ¡Ah, si siempre se lloraran así las penas ajenas!.

Interrogado Juan por su madre, resultó que la mala suerte del joven había hecho que le preguntaran

la lección más difícil de Psicología, y en ella no había sabido definir *el amor*.

Como si los sabios lo hubieran definido.

De modo que á él, á Juanín, al dueño de aquel corazón que por primera vez sentía una pasión como debe sentirse, le suspendía D. Lucas por no saber lo que es amor. Aquel D. Lucas, que era un viejo acartonado, glosador de todas las más estrambóticas filosofías; aquel frío razonador de ojos enjutos y mugrienta frente, que quizás no había amado á nadie en su vida.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

¡Abandonada!, cuadro de Federico Uhde.—El pintor muniquense Federico Uhde, cuyo es el cuadro que reproducimos, es considerado como uno de los más notables artistas de la famosa escuela que lleva el nombre de la capital bávara, llegando algunos críticos á calificarle de apóstol de una nueva y redentora doctrina artística. Buena prueba de lo que vale es la obra que hoy publicamos y que no necesita explicación ni elogios, pues la interesante figura de la joven que oculta el rostro entre sus manos explica sobradamente el drama de que ha sido víctima, y en cuanto á los méritos del cuadro la más ligera ojeada descubre en él bellezas técnicas sin cuento.

Melilla.—Los cinco grabados que tomados de fotografías publicamos, reproducen algunos episodios de las operaciones militares y de la vida de campamento en Melilla. Creemos ociosa su descripción porque todos se refieren á sucesos y escenas bien conocidos de nuestros lectores, ya por lo mucho que de ellos se ha ocupado la prensa en general, ya por las descripciones que de los mismos han hecho en sus crónicas de la guerra nuestros distinguidos colaboradores Sres. Martínez Barrionuevo é Ibáñez Marín.

Pescadores pescados, grupo escultórico de Aniceto Marinas.—Nació Marinas en Segovia en 1862, y en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid hizo sus primeros estudios, habiendo además sido discípulo de Jerónimo Suñol. Por unanimidad le fué concedida una medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de Madrid de 1890 por su hermosa obra *El descanso del modelo*. A la Exposición Internacional que en la corte se celebró en 1892 para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, concurrió con varias notabilísimas esculturas, entre ellas el *Dos de mayo* de 1808, que mereció una medalla de primera clase, y *Pescadores pescados*, que reproducimos y que fué objeto de generales y entusiastas alabanzas.

En marcha para la fiesta, cuadro de León Fortunski.—La escuela de Munich tiene con razón fama de ser una de las primeras del mundo artístico contemporáneo; en ella se ha educado el autor del cuadro que reproducimos y que representa á tres hermosas jóvenes encaminándose á uno de esos juegos que tanta fama dieron á la antigua Hélade, y bien se ve en su obra que Fortunski ha sabido aprovechar las sabias lecciones y estudiar en los hermosos modelos que los artistas reciben y pueden contemplar en la capital bávara.

Arquímedes, estatua de B. Civiletti.—Por encargo especial del rey de Italia ha modelado el notable escultor italiano Civiletti la estatua que reproducimos y que está destinada á adornar uno de los palacios reales; clásico era el tema indicado por el mismo monarca y clásica ha sido la labor del artista al modelar la figura; el rostro del inmortal geómetra de Siracusa está animado por la llama del genio, el torso constituye un estudio anatómico admirable y el conjunto es de una sobriedad y sencillez de líneas que armoniza á maravilla con el carácter clásico del tema tratado.

El Dr. D. Andrés C. Vázquez.—Si hubiéramos de hacer la biografía del Dr. Vázquez necesitaríamos un espacio de que sentimos no disponer: hemos, pues, de limitarnos á decir que nació en Güines (Habana) en 1844; que estudió con gran aprovechamiento la carrera de derecho en la Universidad de la Habana; que al estallar la insurrección cubana se estableció en México, en donde obtuvo carta de ciudadanía y se distinguió como diputado, periodista, literato, jurisconsulto, catedrático, miembro de muchas Academias y diplomático. Actualmente es cónsul general de la República mexicana en la Isla de Cuba.

Como ajedrecista, se le tiene hoy por uno de los primeros jugadores del mundo y por el primer tratadista de ajedrez en español: ha luchado con Ettlinger, Mackenzie, Steinitz, Tchigorin, Gunsberg, Blackburne, Lasker y Walbrodt, habiendo salido vencedor en no pocas partidas. Como tratadista ha publicado muchísimas obras, á las que los principales periódicos que de ajedrez se ocupan en América y Europa han dedicado los más entusiastas elogios, y dirige la notable revista mensual *El Pablo Morphy*, que se publica en la Habana.

Pandereto, escultura de José C. Ortiz.—Esta obra del joven escultor andaluz Sr. Ortiz es reproducción del último toro que mató el espada *Lagartijo* al cortarse la coleta en la plaza de Madrid el día 1.º de junio del año pasado; la escultura, como podrán apreciar nuestros lectores, está bien modelada, tiene vida y movimiento, y reúne, en suma, cualidades técnicas que, aparte de la circunstancia antes indicada, la hacen interesante desde el punto de vista artístico.

Azuleas.—Siguiendo al guía, cuadros de Alberto Moore.—De este famoso pintor inglés, recientemente muerto, ha dicho un célebre crítico lo siguiente: «No pinta una escena real ni se ajusta á un período definido: ha estudiado la escultura griega y las sederías y tapices de la India; gústantle las azuleas, las rosas, el hombre robusto, la rolliza joven inglesa y las formas de los instrumentos músicos, y sea lo que fuere lo que pinta, siempre pone en sus cuadros una ú otra de estas cosas por él preferidas, combinándolas de un modo sumamente original.» Alberto Moore, que fué un perfecto dibujante, y un delicado colorista, era individuo de la *Royal Academy*, de Londres, una de las primeras corporaciones artísticas del mundo.

Un idilio, cuadro de Federico Mock.—Difícil es aplicar á esta pintura el calificativo que pudiera corresponderle; en nuestro concepto, es una nota humorística, un capricho, una extravagancia de artista, un idilio hasta cierto punto, del que son protagonistas ese personaje híbrido, ese hombre pal-



EL DR. D. ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ
cónsul general de México en la isla de Cuba y el más fecundo
de los tratadistas de ajedrez en español

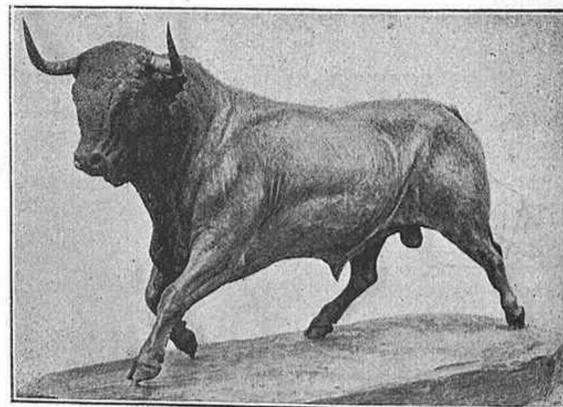
mípedo, y el diminuto insecto que se ha posado sobre su rodilla, un pretexto para trazar una figura fantástica y hacer un bonito estudio de paisaje acuático.

¡Alto!, cuadro de Laureano Barrau.—Desde que Laureano Barrau produjo el notable lienzo titulado *La rendición de Gerona*, no ha permanecido inactivo, puesto que ha tomado parte en muchas Exposiciones y pintado nuevos cuadros, que á falta del que mencionamos, bastarían para demostrar las cualidades artísticas que posee y su carácter observador. Distintas fases presenta su vida artística. A los cuadros inspirados en asuntos de carácter histórico, sucedieron los que pudéramos llamar orientales, resultado de su viaje y estancia en Tánger. Las brillantes notas, los torrentes de luz africana, desaparecieron para dar paso á las sencillas escenas rurales, discreta representación de las comarcas catalanas. Hoy establecido en la capital de la vecina república, nos sorprende con el bonito lienzo que reproducimos y que ha figurado en el Salón, aspiración suprema de los pintores de todos los países, ya que la admisión en el concurso acuerda al artista los honores de la notoriedad. Barrau, laborioso é infatigable, avanza, progresa, y en ese laudable empeño que le anima, hallará el justo premio á sus afanes.

MISCELÁNEA

Teatros.—Londres.—Las últimas novedades que han sido recibidas con aplauso son las siguientes: en el Criterion *The Headless Man* (El hombre sin cabeza), comedia de Mr. Wyndham; en el Strand *Beauty's Toils* (Redes de belleza), comedia de Carlos Fawcett, tomada de una novela titulada *Su belleza fatal*, y en el Empire *Katrine*, baile de gran espectáculo. Además con motivo de la fiesta de Nochebuena se representaron varias pantomimas de gran aparato en los principales teatros londinenses.

París.—Se han estrenado recientemente con buen éxito: en la Opera, *Gwendoline*, ópera en tres actos, libro de Cátulo Mendes y música de Chabrier, que se estrenó en 1886 en Bruselas y que después se ha representado en Karlsruhe, Munich y Lyon; en la Porte-Saint-Martin, *Napoleón*, obra de gran espectáculo que su autor, Martín Laya, titula epopeya nacional y que se divide en tres partes, seis actos y cincuenta cuadros; en Menus Plaisirs, una comedia bufa en tres actos, de Fernando Gendier, titulada *Las crisis del matrimonio*; en Dejazet, *Las seis mujeres de Pablo*, graciosa comedia de enredo en tres actos, de J. La Rode y J. Rolle; en el Nuevo Teatro, *Miss Dollar*, opereta en tres actos, de Carlos Clairville y A. Vallin, música del celebrado compositor Andrés Messenger; y en Folies-Dra-



«PANDERETO», el último toro que ha matado *Lagartijo*,
escultura de José C. Ortiz

matiques, una graciosa opereta en tres actos, de Ordoneau y Keroul, titulada *Cousin, Cousine*, para la cual ha escrito una bella partitura el celebrado compositor M. Serpette.

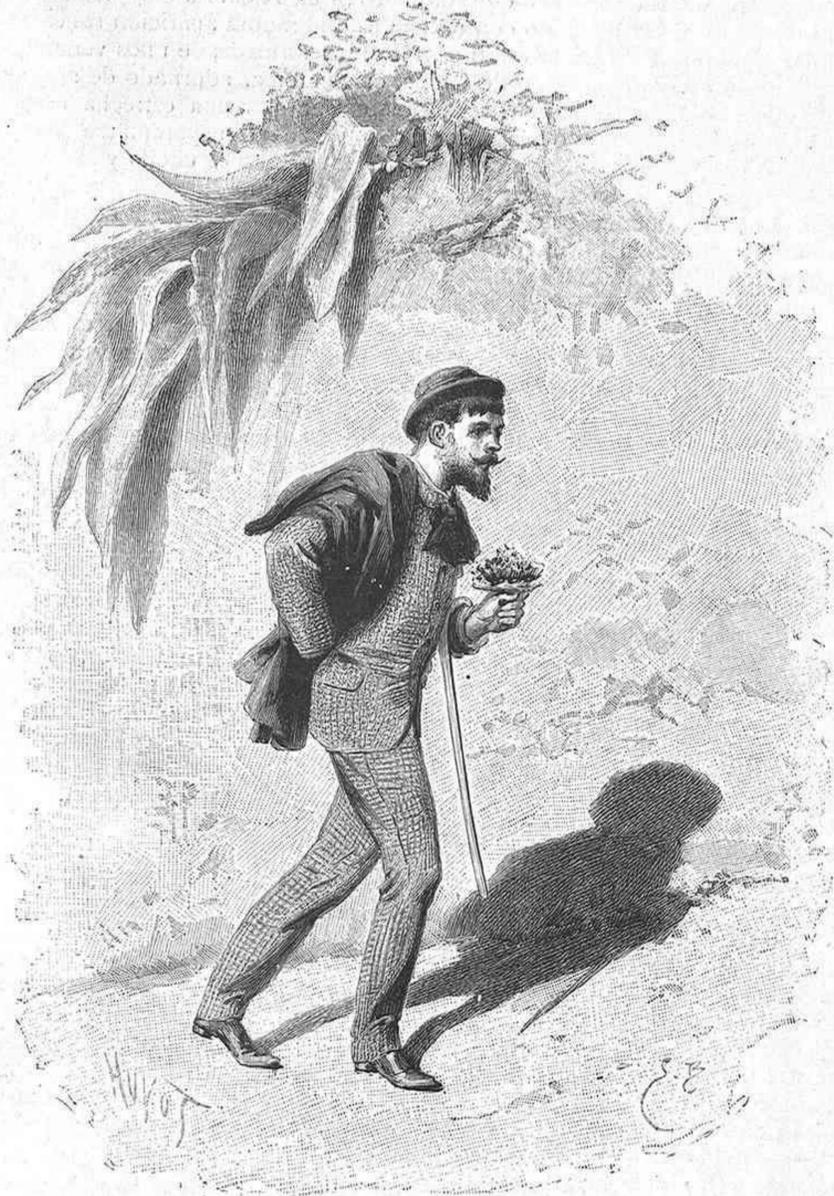
Con la reproducción de *La Veuve*, comedia de Meilhac y Halevy, se ha inaugurado un elegante teatro, la Comedia Parisiense.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

— Querido maestro, le dijo, me felicito de ser el primero en dar á usted la más cordial bienvenida. Es una gran fortuna para Niza poseer entre sus huéspedes al artista eminente que ha obtenido tan colosal y merecido éxito en la úl-



Santiago, después de comprar un ramo para Teresa, dirigiase lentamente á la calle Carabacel

tima exposición... Aquí amamos con pasión las letras y las artes, y entre nosotros hallará usted numerosos y entusiastas admiradores.

Santiago, bastante contrariado, saludaba silenciosamente, fijando la mirada en su interlocutor, un hombre de mediana edad, muy expansivo, con el pelo cortado al rape, de pequeño y negro bigote, vestido con cierta pulcritud y condecorado con una cruz extranjera.

— Permítame usted que yo mismo me presente, continuó el obsequioso caballero. Flaminio Ossola, redactor en jefe de *Hig-life Niçois*, y que se pone á la disposición de usted y le ofrece el periódico incondicionalmente. Tendré muchísimo gusto en que mis numerosas y excelentes relaciones con la colonia extranjera puedan ser para usted de alguna utilidad.

Santiago dió las gracias lacónicamente; venía á Niza á descansar y deseaba vivir en la soledad y la independencia.

Durante este incidente, el jefe de la agencia había consultado su registro de habitaciones para alquilar.

— Creo, dijo, que tengo lo que usted necesita en un barrio bastante céntrico. Si usted gusta, luego iré al hotel donde usted se halla instalado y podremos visitar la residencia que entiendo ha de convenirle.

A la hora señalada, Teresa, Santiago y el director de la agencia se apeaban del coche que el último había llevado, en la esquina de la calle Carabacel y visitaban un piso bajo bastante espacioso para que un matrimonio viviera con toda comodidad. Lo que prestaba singular encanto á aquellas habitaciones era que la parte posterior de todas ellas daba á un jardincito lleno de naranjos y rosales al que se bajaba por una pequeña escalinata, cubierta la balaustrada por copiosa enredadera de madreselva y delante había geranios y diversidad de flores hasta la verja. Los habitantes de aquella casa podían vivir completamente aislados, pero disfrutaban de la vista de otros jardines inmediatos; de suerte que á derecha é izquierda y de frente gozaban de una hermosa perspectiva de árboles y de flores.

Holgáronse mucho Santiago y Teresa de encontrar aquel delicioso nido. Les

agradó sobre manera la habitación sencillamente decorada, pero con gusto, y conviniéndoles el precio, dos días después trasladaron su equipaje y se instalaron cómodamente.

— Aquí estaremos perfectamente, dijo el artista á su mujer, tomando posesión del jardín; haremos una vida de cenobitas y nadie vendrá á importunarnos.

No habían contado con las indiscreciones de Flaminio Ossola. Orgullosa de haber sido el primero en hacer conocimiento con el pintor célebre, había llevado á todas partes la noticia de su llegada y alardeaba de ser su íntimo amigo. Pocos días después lefase en uno de los periódicos locales un párrafo concebido en los términos siguientes:

«*Nuestros huéspedes.* Ha comenzado la estación de Niza, y numerosos extranjeros vienen á refugiarse en cuarteles de invierno en nuestro litoral. Entre las distinguidas personas que todas las mañanas se encuentran en el paseo de los Ingleses, hemos visto ayer al famoso pintor que obtuvo el primer premio en la última Exposición de París, Santiago Moret, que se propone pasar aquí el invierno con su encantadora esposa, habiéndose instalado en la calle Carabacel.»

— ¡El demonio te lleve!, exclamó Santiago arrojando al suelo el periódico. ¡Qué calamidad son estos periodistas!. ¡Esto es entregar á un hombre de bien á la curiosidad pública!. Teresina, será preciso dar orden al portero de que no deje entrar á nadie.

En el fondo, sin embargo, á Santiago no le irritaba tanto como parecía la indiscreción periodística; el anuncio de su llegada halagaba agradablemente la vanidad que todo artista, por modesto que sea, tiene en el corazón. Además, la indiscreción no tuvo consecuencias desagradables, porque como el matrimonio adoptó una actitud muy reservada, se respetó la soledad en que, al parecer, deseaba vivir. Pudieron, pues, los esposos, contemplar, sin que nadie los molestase, las bellezas del país que tenía para ellos el incomparable encanto de lo desconocido. Todos los días, al principio de las hermosas tardes que son una delicia en aquel rincón del litoral donde se ignora lo que es invierno, iban alegremente á descubrir un sitio nuevo. Una vez escalaban á pie las escarpadas gargantas de San Andrés; otra recorrían el camino de Villafranca que domina el Mediterráneo y desde donde se contempla una de las más admirables vistas de mar y de montaña que existen en el mundo, y otra, en fin, subían hasta el anfiteatro y al convento de Capuchinos.

En ocasión de este último paseo les sorprendió un ligero aguacero. Desde el pórtico de la iglesia, donde se habían refugiado y donde se paseaba lentamente un capuchino ocioso, se veía aclarar el cielo y disiparse las nubes como humo. Un rayo de sol penetraba acariciador entre las dos magníficas encinas que daban sombra al atrio. Las últimas gotas de lluvia caían suavemente sobre las hojas de los dos árboles, y á través de aquella lluvia de diamantes se distinguía, como en la transparencia de un cristal mojado, la verdura de un bosque de olivos y el ligero perfil de las montañas que cierran el horizonte. Al pie de aquellas lejanas cimas veíanse colinas desiguales escalonadas, y aquí y allá blancas y rosadas casas de recreo ó la torrecilla de un campanario. Más abajo, al extremo de una pradera de caprichosas ondulaciones, distinguíase la anchurosa extensión azul del mar. Santiago estaba entusiasmado.

— ¡Admirable!, exclamaba; ahora empiezo á conocer la Italia. Este espectáculo me ofrece la revelación de un ideal que hasta ahora no había sentido. Será preciso, Teresina, que leamos juntos los poetas griegos... En el colegio me asustaban estos poetas; pero después de haber contemplado este paisaje, me parece que he de apreciarlos y he de comprenderlos.

Pasaron muchas noches leyendo traducciones de la *Odisea*, de Sófocles y de Teócrito, y Santiago saboreó por primera vez la eterna frescura, el singular encanto de la poesía griega. Las descripciones rústicas de Teócrito, comparadas con los paisajes de la campiña de Niza, le enamoraban por el color y el relieve de los detalles. Las lecturas de noche, unidas á las impresiones de los paseos cotidianos, le impregnaban de esa poderosa savia sensualista que es para el arte antiguo una inagotable fuente de juventud. Aquel baño de paganismo daba más sensibilidad á su alma y le disponía mejor á recibir las múltiples imágenes de un medio nuevo.

Este atractivo de las sensaciones nuevas le hallaba en todas partes, no solamente en las tranquilas lecturas de la naturaleza agreste, sino también en el movimiento mundano de las calles de Niza. Por la mañana, entre once y doce, holgábase contemplando el ir y venir de los aficionados al paseo de los Ingleses. Sobre el terraplén bordeado de palmeras, entre la mar juguetera que venía á acariciar las fachadas blancas de las villas y las verjas de los jardines, se veía pasar una florida procesión de caras bonitas y de *toilettes* matinales. Americanas é inglesas de talle esbelto, graciosamente delineado por el apretado *jersey*, de color sano, de ojos á la vez inocentes y picarescos, recorrían el paseo con aire decidido y paso seguro; jóvenes rusas, más ligeras, de andar acompasado, de formas más redondas, departían con robustos acompañantes correctamente vestidos y de aire casi militar. Los vestidos claros estrechamente ceñidos á las caderas, los sombreros adornados profusamente de flores, las sombrillas de vivos colores sombreando las cabelleras rubias ó negras, producían en todo el paseo lleno de sol un incesante remolino de matices primaverales. En el paseo de los coches, muy cuidadosamente regado, deslizábanse los *landaus*, conduciendo señoras envueltas en pieles costosas, escoltadas por jóvenes elegantes, haciendo alarde de sus aptitudes hípicas. Aquellas señoras con sus caballeros, caballerizos y su lucida escolta iban á almorzar en Beaulieu ó á jugar en Monte Carlo. Desde el fondo de sus carruajes las damas cambiaban una mirada sonriente ó un saludo con algunos de los paseantes; todo aquel mundo elegante, amable y bullicioso parecía únicamente preocupado de no desaprovechar ningún placer de los que ofreciera el día. El sol enviaba su incomparable sonrisa á

toda aquella multitud dichosa, y desde la punta rosada del cabo Ferrat hasta las montañas azules del Esterel, desde la mar azul hasta las colinas de San Felipe, se respiraba en el perfumado ambiente la alegría de vivir en una voluptuosa ociosidad.

El encanto de la naturaleza nicense obraba de una manera muy diferente en Santiago y Teresa. La joven esposa, muy sensible, pero perfectamente equilibrada, criada en el campo, aficionada á las cosas sencillas y al hogar, sentía natural aversión á la vida agitada y bulliciosa, gozaba castamente del encanto del Mediodía, admiraba las flores, el sol, el mar y las montañas, pero mostrábase indiferente á la seducción de los placeres mundanos. No sentía necesidad de las distracciones exteriores y le complacía únicamente saborear todas aquellas bellezas en la íntima soledad de dos. En Santiago, el trastorno producido por aquella brusca trasplatación al Mediodía era más profundo, más peligroso. La exuberancia de la naturaleza meridional, la facilidad de las relaciones, la profusión de las cosas de lujo, la belleza de las mujeres le deslumbraban, le aturdíaban, le embriagaban.

Era la primera vez que los refinamientos de la vida elegante perturbaban su cerebro y le emborrachaban como el *Champagne*. En los salones parisienses que había frecuentado había experimentado más asombro que seducción. Su intuición de aldeano desconfiado le hizo pronto adivinar todo lo ficticio y banalmente superficial de aquella constante fiesta mundana de una sociedad de ociosos y de mujeres á la moda. Rápidamente habíale persuadido de la poca sinceridad de las lisonjas que se prodigan en el mundo, de la brevedad de las impresiones de admiración y de lo falso de las manifestaciones de amistad y de las protestas de amor. Las gentes de esa sociedad común iban á los salones, no para divertirse, sino para hacerse ver. No se encontraba allí nada de lo que da cierto atractivo á la vida disipada; la franqueza, la espontaneidad, el abandono en el placer. Las mujeres, completamente sugestionadas por la vanidad, no tenían siquiera tiempo de ser amables y de amar. Santiago, introducido súbitamente en aquel medio social, tan diferente del suyo, no había tenido que hacerse violencia, á pesar de su poca experiencia, para resistir las tentaciones más aparentes que reales de la sociedad parisiense.

Pero en Niza, el efecto producido en él fué muy distinto. Bajo aquel sol espléndido, en aquel país sin invierno, donde parece que se ha reunido todo lo que puede regocijar más la vista y excitar los sentidos, respirábase en el ambiente la voluptuosidad. Aquella sociedad cosmopolita, refinada y sensual parecía positivamente no tener otro ideal que la eterna diversión. No había más que mirar en derredor y se adivinaba que el lujo y la ostentación no eran sólo pueriles satisfacciones de la vanidad, sino un acompañamiento, un estimulante destinado á saborear más y más el placer. No se experimentaba la fatiga de la agitación, sino la alegría de los que quieren y saben gustar todos los refinamientos de la mesa y de todos los sentidos, las golosinas de la galantería ó la embriaguez de la pasión. La influencia del medio obraba esta vez fuertemente sobre un temperamento de artista muy impresionable. El germen de sensualidad que Santiago debía á su origen se desarrollaba á pesar suyo en la tibia estufa de la atmósfera nicense. El aldeano de sensaciones vivas, á quien la lucha por el pan de cada día y las preocupaciones del arte habían obligado hasta entonces á una austera abstinencia, sentía de pronto invadido su cerebro por una embriaguez desconocida. Asaltábase un sordo deseo de gozar él también aquellas incógnitas alegrías, de sentarse delante de aquella mesa de placer liberalmente abierta á todo el mundo, y de hacer, en fin, su papel en aquella fiesta renovada todos los días. Este deseo no lo formulaba clara y francamente; pero á las veces, después de una hora en el paseo de los Ingleses, la necesidad de gozar aún más tiempo de los colores, la luz y los perfumes del Mediodía, le llevaba hasta la avenida donde se celebra el mercado al aire libre.

Allí, entre dos largas filas de lindas floristas y donosas vendedoras de frutas, entre montañas de limones dulces y naranjas, entre miles de plantas aromáticas, las mujeres más hermosas de la colonia extranjera circulaban alegremente seguidas de muchachas en cuyos cestillos se apiñaban claveles, mimosas, violetas y rosas. Santiago, después de comprar un ramo para Teresa, dirigióse lentamente á la calle Carabacel, aspirando con delicia el olor de las violetas y recordando con deleite las acariciadoras pupilas ó las elegantes líneas de alguna hermosura femenina encontrada al paso. Cuando llegaba á la casa, estaba tan animado, sus ojos brillaban con tan extraña claridad, que Teresa, sorprendida, mirábase curiosamente.

— ¿Qué tienes, Santiago?, le preguntaba solícita; parece que vienes con fiebre.

— No es nada, respondía casi avergonzado de su visible excitación; es el aire del mar.

Hasta mediados de enero, los esposos continuaron viviendo íntimamente en frente de su jardinillo, donde comenzaban á abrirse los jacintos, los jazmines y violetas. No ponían los pies en el casino ni salían más que para hacer excursiones al campo y se acostaban tranquilamente á las diez. Santiago fué el primero en cansarse de una existencia tan casera. Una noche interrumpió la lectura del periódico para decir á su Teresa:

— La Opera municipal organiza una representación de gala para una obra de beneficencia. Se cantará *Don Juan*, de Mozart, por Faure, que está aquí de paso, y una célebre cantante rusa que se presentará interpretando la parte de Zerlina... Tú no has oído nunca *Don Juan*. Si quieres, haremos mañana el exceso de ir al teatro: tomaré dos butacas, y después de la representación iremos á cenar en la *Regencia*.

Teresa leyó en los ojos de su marido que tenía vivos deseos de asistir á la *soirée* de gala y se guardó muy bien de contrariarle. A la hora indicada para la representación tomaron asiento en dos butacas, en medio de una sala casi completamente llena de espectadores.

El teatro de la Opera municipal, construído con arreglo al modelo de los teatros italianos, no tiene balcón delante de los palcos; éstos lucen así mucho más, y hacen que la sala sea más alegre, animada y luminosa. Teresa, con su sencillo peinado, tan elegante como sencillo, con su traje de seda gris, examinaba curiosamente la sala, en la que todos los espectadores estaban en traje de etiqueta. Todos los palcos se hallaban ocupados. La mayor parte de las *toilettes* era de matices claros; blancos, rosa te, azul plata, malva pálido, verde mar, y todos estos colores formaban una armonía de tonos suaves sobre los que resaltaban el brillo de la pedrería y las notas vivas de las flores naturales. Casi todas las espectadoras colocadas en primer término eran jóvenes y hermosas. Muchas eran de tipo slavo; mejillas pálidas, nariz un tanto remangada, ojos oblicuamente acariciadores y labios sensuales. Santiago y Teresa sólo oían hablar idiomas extran-

jeros; el ceceo melodioso del italiano, la música ligeramente gangosa de las vocales rusas y el maullido agudo de las sílabas inglesas.

Terminó la orquesta la bella sinfonía y se levantó el telón, apareciendo Leporelo en actitud de espiar el palacio del comendador. En el momento en que el criado de D. Juan cantaba

«Voglio far il gentiluomo
é non voglio piú servir...»

oyóse abrir la puerta de un palco cerca de la fila de butacas en que se hallaban Santiago y Teresa. El artista, levantando la cabeza, vió varias señoras escoltadas por dos caballeros condecorados. Una de aquéllas, vestida de negro, ya de cierta edad, de porte aristocrático, de mirada dura y profunda y adornado el pecho con una cruz de brillantes, tomó asiento en primer término en compañía de una joven, que por el traje, la actitud y el rostro formaba singular contraste con la imponente dignidad de la otra dama. El carácter original del rostro y la figura toda de la joven excitaron poderosamente la curiosidad de Santiago.

Con un movimiento rápido acababa de echar sobre el respaldo del sillón un amplio abrigo obscuro, forrado de seda malva, que la cubría completamente al entrar en el palco, y se adelantó como una deslumbradora aparición saliendo de entre las sombras. De regular estatura, muy bien formada, de unos veinticuatro años, vestía un traje de crespón de China, color crema, adornado de aplicaciones de encaje del mismo matiz y sujeto á la cintura por una estrecha cinta de terciopelo blanco. El cuerpo todo de encaje, dejaba transparentarse la carne satinada de los hombros y hacía destacar elegantemente el cuello y la nuca. El rostro era ovalado, enérgico y gracioso; el color mate ligeramente sonrosado armonizaba con los abundosos cabellos rubios, cuyo peinado sencillo estaba sembrado de esmeraldas. El brillo de las piedras verdes entre los bucles de un rubio suave producía tanto más grande efecto cuanto que correspondía con el color de los ojos, cuyas pupilas verdes lucían bajo pestañas y cejas oscuras. Aquel rostro de pómulos ligeramente salientes presentaba otro carácter extraño: la frente tersa, y la mirada voluptuosamente apasionada denunciaban una mujer ya experimentada; las formas diminutas de la nariz y de la boca tenían, por el contrario, algo de infantil é inocente.

Santiago la miraba con el interés que produce en un pintor la presencia de un modelo interesante. Al principio le pareció que la figura carecía de conjunto y que los rasgos irregulares de la fisonomía tenían demasiada movilidad. Pero cuando se fijó en los detalles, quedó encantado de la gracia de la boca sonriente, de la inteligencia que iluminaba aquella frente y de la seductora forma y singular atractivo de los ojos verdes bajo las pestañas negras. Aquella joven era ciertamente una personalidad original y nada común. Su *toilette* revelaba más que gusto; adivinábase en ella una curiosa preocupación de arte, una poética concepción del traje, que no debía nada seguramente á la imaginación de la modista. La móvil vivacidad de su fisonomía oyendo á los cantantes, indicaba bien claramente la excesiva sensibilidad de su alma. Mientras *Doña Elvira* exhalaba la celosa queja, la frente de la joven surcábanla tempestuosos pliegues transversales; luego, en los pasajes de dulce ternura, mostrábase radiante y sonriente; sus labios se entreabrían dejando ver la blancura de los dientes, y sus ojos se impregnaban de voluptuosa languidez.

Mientras Santiago hacía este detenido examen exhalábase de los instrumentos de la orquesta ó volaba de los labios de los cantantes la admirable música de Mozart.

Los apasionados suspiros, la tierna sensualidad de una exquisita melodía resonaban maravillosamente en los sentidos de aquel público sediento de placeres. Frecuentemente los ojos de Santiago se distraían de la escena para mirar otra vez al palco donde se hallaba la blanca aparición. La veía inclinada sobre la balastrada del palco, guarnecida de terciopelo rojo, jugando con su impertinente, del que seguramente no pensaba servirse. Abandonábase completamente la hermosa mujer al encanto de las voces y de la orquesta. Faure y la Ludkof cantaban en aquel momento *La ci darem la mano*. En este inolvidable dúo Mozart ha resumido todo el poema deliciosamente perverso de la seducción y del nacimiento voluptuoso de la pasión inocente en el corazón. Las dulces galanterías fascinadoras, las promesas de felicidad y de fortuna murmurábalas D. Juan con irresistible ternura; Zerlina, con los ojos medio cerrados, suspiraba sugestionada, embriagada

«Vorrei é non vorrei,
mi trema un poco il cor...»

Y luego las dos voces uníanse con la embriaguez de dos corazones arrebatados por un mismo sentimiento.

El busto de la joven estaba enteramente inclinado fuera de la baranda del palco; parecía ella también fascinada por las acariciadoras sugestionas de la música. Por lo demás, toda la sala estremecíase de placer oyendo tan deliciosa música, y estallaba un aplauso unánime, vibrante, entusiasta, expresión y testimonio de la más profunda admiración.

Después del final del trío de las caretas fueron llamados á escena los cantantes, y fué objeto de una entusiasta ovación la Ludkof. Súbitamente oyéronse voces del público pidiendo el «himno ruso.» El telón, que casi había bajado ya, volvió á levantarse, reapareciendo en la escena los artistas y los coros; la orquesta dejó oír los primeros compases de la marcha nacional rusa. Incontinenti pusieron en pie todos los espectadores; era de un efecto incomparable el entusiasmo de la sala en aquel momento. En todos los palcos las mujeres más hermosas en pie, con los hombros desnudos y el pecho palpitante, aplaudiendo con exaltación, con frenesí. A medida que se sucedían las frases del himno, la manifestación era más calurosa, y los espectadores no se contentaban con aplaudir, gritaban vitoreando á los cantantes. Una emoción eléctrica dominaba toda la sala. Todas las bocas aclamaban; las mujeres arrancaban de su pecho las flores y las arrojaban á la escena; los hombres agitaban frenéticamente las manos; Santiago miró al palco de la aparición blanca: la desconocida, con llamadas de entusiasmo en los ojos, anhelante, febril, había desgarrado los guantes y aplaudía con las palmas de sus diminutas manos...

En fin, terminó el himno, bajó el telón y fué cediendo poco á poco la sobrecitación de aquella multitud entusiasmada. Los que ocupaban las butacas aprovechaban la ocasión para salir á respirar un poco fuera de la sala, y Santiago siguió el ejemplo. Iba á penetrar en la galería, cuando sintió que le tocaba

en el hombro una mano; volvióse y se halló enfrente de Flaminio Ossola, animado todavía por la fiebre del entusiasmo.

— Bien hallado, querido maestro, le dijo; celebro mucho encontrarle aquí. ¿Ha visto usted qué delirio?... Yo nunca había presenciado espectáculo más conmovedor... ¡Es realmente hermoso!.. Todas nuestras grandes damas rusas están encantadas... A propósito, quiero presentar á usted á una de sus más entusiastas admiradoras, la princesa Koloubine, con la que hace poco he hablado de usted.

— Perdóneme usted, decía Santiago, queriendo eludir el compromiso; otra noche, hoy no... Ahora necesito respirar un poco el aire.

— Un momento nada más, insistía el importuno; la princesa tendrá un verdadero placer en conocer á usted... Su palco está aquí al lado.

Y al mismo tiempo señalaba desde la puerta de la sala el palco entresuelo donde se hallaba la princesa.

— ¿Ve usted? Es allí, el palco donde está en primer término una joven vestida de blanco, rubia, con esmeraldas en el peinado.

Santiago hizo un movimiento de sorpresa.

— ¡Cómo!.. ¿Aquella señora es la princesa?, preguntó.

— No; es una amiga suya. La princesa es la que está á su lado... Venga usted, todo es cosa de un minuto.

Santiago, un momento antes, estaba á punto de enviar á paseo al indiscreto y se había propuesto no ceder en manera alguna; pero al saber que el palco al que deseaba Ossola llevarle era el mismo en que se hallaba la mujer de los cabellos rubios, parecióle una coincidencia singular, y le hizo modificar su resolución el secreto deseo de ver de cerca á la desconocida. Para justificar este capricho, pensó que la visita, después de todo, á nada le comprometía y que el enojo de la presentación lo compensaría sobradamente el placer de estudiar una fisonomía interesante.

Siguió, pues, á Flaminio, que le había cogido familiarmente del brazo, y se pavoneaba llevando al grande artista al palco de la princesa rusa.

Cuando penetraron en el saloncillo anterior al palco, había allí buen número de caballeros, jóvenes con florecillas en el ojal del frac y señores mayores de aire militar. Todos se felicitaban del éxito de la Ludkof y de la manifestación patriótica, que era la nota culminante de la *soirée*.

— Princesa, dijo Flaminio Ossola, inclinándose respetuosamente, permita usted que le presente al joven artista de quien hablábamos antes... mi querido amigo Santiago Moret.

— Bien venido, caballero, murmuró la princesa tendiendo á Santiago dos dedos de su enguantada mano; admiro mucho el talento de usted.

Añadió algunos cumplimientos formulados en términos tan poco precisos que Santiago dudó que la gran señora hubiera visto sus cuadros. La princesa hablaba con cierto énfasis, sirviéndose de palabras más propias de los libros que de la conversación familiar. Habló de pintura y de música, demostrando afición á las bellas artes, pero con cierto sentimentalismo romántico pasado de moda.

— Señor Moret, continuó, espero que tendremos el placer de ver á usted en la villa Endymión. Usted, que tan bien interpreta la naturaleza, no podrá menos de encontrar agradable mi parque... Precisamente para dentro de quince días preparo una *garden-party*... Prométame usted no faltar: si es usted, como creo, entusiasta de la música, le aseguro que la oírás muy bella...

Santiago quería excusarse, pretextando que no gozaba de buena salud, afirmando que vivía completamente retirado de la sociedad y que por esto no aceptaba ninguna invitación, pero la princesa insistía...

— Mania, querida mía, dijo la princesa, dirigiéndose á la desconocida, ayúdeme usted á comprometer al Sr. Moret... ¿No es verdad que la villa Endymión merece ser visitada por un artista?

La joven interpelada fijó un momento su mirada luminosa en el pintor, contemplándole un poco irónicamente, y luego con una voz un poco seca y con un ligero acento exótico dijo:

— Ciertamente, princesa..., mas para dar más autoridad á mi testimonio, ¿no le parece á usted que sería conveniente presentarme antes al Sr. Moret?

— Perdóneme usted, querida mía; tiene usted mucha razón. Señor Moret, Mania Liebling, una de mis mejores amigas.

Santiago saludó, y al levantar la cabeza sorprendió la mirada de los ojos verdes que le estudiaba curiosamente. Sostuvo con entereza aquella mirada atrevida y seductora, y admiró las líneas elegantes de la hermosa rubia que se abanicaba sonriendo con coquetería.

— Ahora que estamos en una situación enteramente correcta, repuso Mania con el mismo tono ligeramente irónico, puedo afirmar á usted que para el artista y el observador la villa de la princesa Olga Koloubine ofrece singular encanto... La señora de la casa es la bondad misma; en sus jardines hay hermosos árboles y rarísimas plantas..., y en los salones de su palacio y en las avenidas de su parque se encuentran personas muy amables y originales, en cuyo número tengo la honra de figurar.

Dijo esto con cierto donaire, con sus puntos y ribetes de impertinente, y continuó:

— Prométnos usted hacer una visita á tan encantadora mansión, y tenga usted por seguro que no se arrepentirá.

— Lo prometo, contestó Santiago sonriendo.

Y saludando á la princesa, continuó:

— Doy á usted gracias, señora, por su graciosa y delicada invitación.

— Para que no la olvide usted tendré el gusto de recordársela por escrito, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Saludó otra vez á las dos amigas y se despidió. Los otros caballeros que estaban en el palco se habían despedido también, excepto Flaminio Ossola. Las señoras y éste continuaron hablando del pintor.

— El *Figaro*, dijo la princesa, asegura que tiene mucho talento; pero parece que ha dado en el realismo... Es lástima, porque tiene todo el aspecto de una persona excelente...

— Debe ser un poco hurón, observó Mania Liebling, y no tiene nada de guapo... Pero su fealdad no es repulsiva, todo lo contrario, y se ve claro que no es un hombre vulgar... Ossola, usted que lo sabe todo, sabrá si su amigo es casado ó soltero...

— Es casado, respondió el interpelado, y su mujer ha venido con él á Niza... Los he encontrado juntos en la librería Dema... Es una mujer muy agradable, y parece que están en la luna de miel. Dema, que los provee de libros, lo asegura. Viven solitos en el fondo de un jardín en una calle escondida, un verdade-

ro nido de tortolitos donde se arrullan día y noche y no reciben á nadie... Ella es aún más insociable que su marido... Pero en el teatro está, y puede usted verla... Sí, vea usted á Moret que va á reunirse con ella..., en la octava fila de butacas..., una señora que tiene un vestido gris. ¿La ve usted, princesa?

— Perfectamente, murmuró la princesa, mirando con los gemelos... Es más que agradable, es muy bella, una hermosura de virgen.

— Déjeme usted ver, Ossola, dijo súbitamente Mania, déjeme usted ver ese prodigio de hermosura.

Y miró con los gemelos, que había dejado la princesa, tarareando irónicamente:

«Dejadme, dejadme
contemplar su rostro...»

Luego calló un momento.

— Sí, repuso, tiene usted razón, princesa; una hermosura de virgen, tan irroprochablemente casta como las vírgenes pintadas por Rafael.

IV

Cuando Santiago volvió á ocupar la butaca inmediata á la de su mujer, ya se había levantado el telón. Hasta el entreacto siguiente no contó á Teresa su encuentro con Flaminio Ossola y la presentación á la princesa Koloubine. Pero con una reserva muy singular en un hombre que todo lo refería á su mujer con los más insignificantes detalles, no habló de Mania Liebling. Producíanse en él vagos escrúpulos, y repugnábale nombrar á la extranjera, como si temiera que oyéndola nombrar, su mujer adivinase la viva impresión que había sentido en aquella primera entrevista.

Sin darse por entendida de esta omisión vagamente premeditada, Teresa oía, sonriendo, los pormenores de la aventura que Santiago le refería ingeniosamente.

— ¿Y dónde está tu princesa? Enséñamela.

El pintor empezaba á darle las indicaciones necesarias, cuando advirtió que el palco de la princesa estaba vacío; la princesa y sus amigos no habían esperado para marcharse que el espectáculo terminara. Santiago experimentó una verdadera satisfacción; aquella feliz circunstancia le dispensaba de hablar de la interesante rubia que acompañaba á la princesa.

— Hijita, el pájaro ha volado... La princesa ocupaba aquel palco vacío ahora... Una gran señora, vestida de negro con una cruz de diamantes en el pecho... ¿No te has fijado antes en ella?..

— ¡No!.. He visto tantas señoras en esos palcos, que no me he fijado... Lo que te puedo decir es que ninguna vestida de negro ha excitado particularmente mi atención.

— Esa señora rusa, añadió Santiago con aire de indiferencia, me ha invitado á una *garden-party* que dará en su villa dentro de quince días... Me he excusado de asistir, pero ha insistido de tal modo que no he podido eludir el compromiso... Sin embargo, ya encontraré á última hora un pretexto para no ir.

Teresa no fué de la misma opinión que su marido.

— No, eso no, dijo; es preciso que cumplas tu promesa. Si se tratara de una *soirée*, sería yo la primera en aconsejarte que evitaras la fatiga de una fiesta nocturna; pero siendo ésta de día, no tienes motivo alguno para no asistir... Esa princesa, que sin duda es aficionada á la pintura, puede ser para ti una amistad útil, y además en su casa encontrarás una sociedad distinguida y curiosa de ver... No, no debes dejar de corresponder á la invitación de la princesa.

Algunos días después la princesa Koloubine fué personalmente á casa de Santiago Moret. Había pensado que siendo casado el pintor era correcto invitar al marido y á la mujer. Hizo pasar su tarjeta é insistió en ser recibida. Entró, pues, en el salón donde el artista había establecido una especie de taller, y encontró al joven matrimonio en la marquesina del jardín.

Santiago presentó á su mujer, á la que la princesa prodigó esas zalamerías lísonjas de que son muy pródigas las slavas. Encareció mucho la florida alegría del jardín y lo bonito de las habitaciones.

— Este es un nido encantador, exclamó, y comprendo, querido maestro, que prefiera usted esta soledad íntima á todas las distracciones de fuera de su casa... ¡Ah! La intimidad, la comunión de dos almas simpáticas en el culto de lo bello es una viva satisfacción que nos está vedada á las que tenemos la obligación de vivir en la sociedad... Por esto es preciso no ser muy egoísta con nosotras... Tenemos necesidad de un poco de expansión en la sociedad de las personas superiores á quienes debemos tan nobles y delicados placeres estéticos... Estoy segura de que esta excelente señora comprenderá mi deseo y no se desdeñará de visitar la villa Endymión... ¿No es verdad, señora mía, que hará usted á su marido aceptar mi invitación y la aceptará usted también?

Teresa buscaba una disculpa cortés para declinar la honra que la princesa le dispensaba, pero ésta insistió.

— No, no admito una respuesta evasiva. Usted que es tan hermosa, amaré ciertamente todo lo que es bello, y puedo asegurar á usted, sin falsa modestia, que la villa Endymión está emplazada en un sitio admirable. La casa, por sí misma, no es una maravilla, pero los jardines lo son, y usted será de mi opinión cuando los vea. Prométame usted que vendrá, y no dude que procuraremos que encuentre agradables las horas de la tarde en que nos honre usted con su simpática presencia.

Teresa no se atrevió ya á rechazar una invitación tan amablemente formulada, y la princesa se retiró con la promesa de que el pintor y su mujer asistirían á la fiesta.

Sin embargo, conforme se acercaba el día señalado para la *garden-party*, Teresa encontrábase menos dispuesta á asistir á la fiesta. No le seducía la idea de confundirse con las gentes de aquel mundo exótico que no le inspiraba ninguna simpatía y donde se hallaría enteramente fuera de su centro. Dijo á su marido que realmente á él era á quien se quería ver en la villa Endymión y que la princesa únicamente la había invitado por pura cortesía. No tuvo que hacer muchos esfuerzos para que su marido se dejara convencer.

Teresa escribió la víspera una carta á la princesa, excusándose por hallarse indisputada, y Santiago fué solo.

(Continuará)

BELLAS ARTES

El ministro de Instrucción Pública de Austria ha incluido en su presupuesto la cantidad de 87.500 pesetas con destino á la compra de cuadros en la Exposición internacional de Bellas Artes que prepara la Asociación de Artistas de Viena. También se ha concedido á ésta autorización para celebrar una lotería artística con motivo de esa exposición, á la que han prometido concurrir artistas de Alemania, Bélgica, Francia, Holanda y España.

— Ha quedado terminado el modelo de la medalla destinada á los expositores premiados en la Exposición de Chicago: esa medalla, que se está acuñando, será de bronce y tendrá 87 milímetros de diámetro; en el anverso hay la figura en relieve de Cristóbal Colón y en el reverso una alegoría de la juventud. Créese que las medallas no quedarán concluidas hasta dentro de seis meses.

— En la New Gallery de Londres se está celebrando una exposición de las obras más notables del antiguo arte italiano. Figuran en ella multitud de cuadros de los más grandes maestros que florecieron en Italia desde fines del siglo XIII hasta mediados del XVI y una porción de manuscritos iluminados, joyas esmaltadas, ornamentos de iglesia, esculturas en madera y marfil, mayólicas, cristales y camafeos, casi todo instalado por orden cronológico. Entre las pinturas las hay de Fra Angélico, de Tadeo Gaddi, de Lorenzo di Credi, Signorelli, Piero di Cosimo, Piero della Francesca, Antonello da Messina, Ghirlandajo, Bernardo Luini, Andrea del Sarto, Angelo Bronzini, el Parmigiano, Correggio, Perugino, Francia y otros. Algunas obras atribuidas á Rafael, Leonardo de Vinci, Giotto, Botticelli y Mantegna son de dudosa autenticidad.

La reina de Inglaterra ha contribuido á esta exposición enviando á ella la famosa colección de grabados que posee en su residencia real de Windsor.

— La vigésima quinta exposición de invierno celebrada por la Real Academia de Londres es, al decir de la prensa inglesa, una de las más notables hasta ahora celebradas por aquella respetable corporación. A ella han contribuido con sus riquísimas colecciones particulares los más ilustres aficionados, entre los cuales se cuentan los condes de Amherst y Northbrook, la baronesa Burdett-Coutts y los lores Windsor, Leconfield y Burton. En ella figuran las más celebradas obras de los antiguos maestros ingleses más reputados, tales como Reynold, Gainsborough, Romney, Cotes, John Phillip, Etty, Walker, Cotman, Turner, John Pettre, Stothart. También se exhiben



AZALEAS, cuadro de Alberto Moore, de fotografía de Mr. F. Hollyer, de Londres

Hooghe, Franz Hals, Jan van Meer, Ruysdael, Rafael, Sebastián del Piombo, Bassano, Bellini, Mantegna y Botticelli.

— La nueva casa consistorial de Hamburgo, cuya

yendo en esta cantidad el mobiliario y decorado, ha costado en definitiva 12.500.000. La ornamentación plástica es de una riqueza asombrosa, y á ella han contribuido los escultores amburgueses Denoth, Pfeiffer, Magnussen, Gieseke, Pfannschmidt, Thiele y otros; los berlineses Hartzler, Hilgers, Kruse y Kumm; el muniquense Kramer; Echtermeyer, de Brunswick; Offermann y Ockelmann, de Dresde, y otros varios.

— El Club de San Lucas que el año pasado organizaron algunos artistas jóvenes de Dusseldorf ha celebrado en aquella ciudad una exposición, en la cual figuran notables obras de Arturo Kampf, Spatz, Rocholl, Jernberg, Eugenio Kampf, Hermann y otros.

— La Asociación Artística de Munich ha reformado el reglamento de sus exposiciones anuales en el sentido de que en ellas no se admitirán más que 1.200 obras, 700 de artistas alemanes y 500 de extranjeros, y de que el Jurado en vez de elegirse por toda la Asociación será elegido solamente por los que hayan tomado parte en las exposiciones celebradas en los tres años anteriores.

— La Academia de Bellas Artes de Munich celebra actualmente una exposición de carácter íntimo de las obras de los individuos que al presente pertenecen á la misma, que inaugura la serie de las que se propone celebrar para fomentar el arte muniquense y educar y enseñar al público y á los artistas principiantes presentándoles periódicamente obras de mérito reconocido. En dicha exposición figuran no solamente obras modernas sino también antiguas, procedentes de galerías y colecciones particulares, algunas muy poco conocidas; de suerte que resulta una exposición de carácter histórico. Junto á cuadros antiguos de Angeli, Becker, Defregger, Knaus, Leibl, Sohn, Vautier y Werner pueden verse en esa exposición obras notabilísimas de Herkommer, Alma Tadema, Federico Leighton, Oules, Dagnan Bouveret, Jiménez Aranda (José), Pradilla, Luis Alvarez, Schampelar, Siemiradzki, Munkacsy, Boecklin, Michetti, Pagliano, De Vigne, Hildebrand, Passini, Meyerheim, Knaus, Adolfo Menzel, Werner, Becker, Bartels, Vogel, Skarbina, Bochmann, F. Kaulbach, Lenbach, Achenbach, Gebhardt, Kroner, Claus, Meyer, Baisch, Schonleber, Eilers, Kopping, Reinaldo Begas y Eberlein.

— En los nuevos salones de la Academia de Bellas Artes de Berlín se celebrará una Exposición de obras de los académicos, para la cual han ofrecido su cooperación los principales maestros de Alemania y del extranjero. La exposición contendrá, además de las obras que directamente envían los ar-



SIGUIENDO AL GUIA, cuadro de Alberto Moore, de fotografía de Mr. F. Hollyer, de Londres

en esa exposición cuadros notabilísimos de antiguos pintores extranjeros, como Van Dyck, Jan Ochterveldt, Gerbrandt, Eeckhout, Codde, Jan Steen,

construcción ha corrido á cargo de varios arquitectos, está terminada: este edificio, de estilo del Renacimiento, fué presupuesto en 5.750.000 pesetas, inclu-

tistas, otras muchas poco conocidas que forman parte de colecciones de particulares que se han ofrecido á facilitarlas á la Academia.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

EL RITMO, por Salvador Rueda. — De libro de crítica califica Rueda (suprimamos por sabido de sobre lo de incomparable poeta) el último que ha publicado, y en efecto, admirables estudios críticos de algunos poetas contemporáneos forman la segunda mitad de la obra; pero la primera constituye, compendiado en unas pocas, breves y muy substanciosas cartas, todo un curso de poética, en el que el autor desenvuelve una serie de teorías completamente nuevas, que abren anchos horizontes á la verdadera poesía castellana. Sus ideas serán todo lo revolucionarias que se quiera (quizás en el fondo de muchas de ellas alienta un espíritu poéticamente reaccionario tratándose de España), pero convencen por lo lógicas cuanto cautivan por lo originales. Imposible nos es en esta sección analizar tan valioso libro; y á fe que lo sentimos, pues lo creemos digno, no de la alabanza escueta, sino del elogio motivado. En la imposibilidad de hacerlo, no terminaremos sin consignar que Rueda, poeta con personalidad propia en la manera de sentir y de expresar, se ha revelado en *El Ritmo* como maestro que enseña algo y aun algo fuera de los viejos moldes, y que, al revolverse contra la *retórica oficial*, defiende los fueros de la poesía, por algunos tan maltratada.

El Ritmo se vende en las principales librerías á 2 pesetas.

DE ALGUNOS CATALANES ILUSTRES EN EL RIO DE LA PLATA, por R. Monner Sans. — Pocos españoles habrá que estando ausentes de su patria se acuerden de ella y la ensalcen tanto como el Sr. Monner y Sans, en cuyas obras resplandece siempre el más entusiasta amor á España. Su último trabajo, que ha sido la conferencia dada recientemente en el «Centre Catalá» de Buenos Aires, es una nueva prueba de lo que decimos; después del tributo prestado á la patria grande en *La España de hoy*, de que hace poco nos ocupamos, ha recabado en la citada conferencia, gallardamente escrita, algunas glorias para la patria chica, para Cataluña, recordando los servicios que á la que hoy es República Argentina prestaron catalanes tan ilustres como los tres Alsinas, Sentenach, Cabrer, Senillosa, Larrea, Toll, Matheu, Argerich, Cané, Laballol y Marcó del Pont.

Reciba el Sr. Monner nuestras más sinceras felicitaciones por la obra patriótica que con tanto entusiasmo lle-



UN IDILIO, cuadro de Federico Mock

va á cabo, y que, como en otra ocasión dijimos, merece los aplausos calurosos de los españoles.

LA MUJER PAGANA Y LA MUJER CRISTIANA, por Francisco de P. Villarreal. — El docto catedrático de la Universidad de Granada Sr. Villarreal, director de los estudios para la enseñanza de la mujer, que costea la Real Sociedad Económica de aquella ciudad, pronunció en la apertura del curso de 1893 á 1894 un erudito discurso en el que se estudia la condición de la mujer en la antigüedad pagana y en la sociedad cristiana, y con abundantes y elocuentes datos se prueba cómo el cristianismo ha dignificado á la mujer haciéndola igual al hombre y convirtiéndola en compañera de éste á la que con el paganismo fué su esclava. Es un trabajo interesante é inspirado en el más sano criterio.

CONCEPTO DE LA ANTISEPSIA INTERNA EN LAS ENFERMEDADES INFECTIVAS DE LA INFANCIA. — Tal es el tema del discurso leído por el doctor Viura y Carreras en el acto de ser recibido en la Real Academia de Medicina de esta ciudad, discurso al cual contestó el académico numerario Dr. D. Bartolomé Robert. La respetabilidad de aquella corporación y los nombres de los disertantes, que constituyen dos glorias de la medicina catalana, nos relevan de prodigar á esos dos notabilísimos discursos los elogios que merecen, así por la importancia del tema tratado, como por los vastos conocimientos y sabios juicios que al tratarlo en forma bellísima han demostrado y emitido los Sres. Viura y Robert.

LA ESPAÑA MODERNA. — Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables trabajos de Barbey d'Aurevilli, Daudet, Lubbock, Richpin, Sainte-Beuve, Tarde, Tolstoy, Arnold, Chechedrine, Merimée, Castelar, Villegas, etc. Desde 1.º de enero esta publicación será exclusivamente redactada por los principales escritores españoles.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO, por Asser y Rivier. — La obra de Asser y Rivier estaba considerada por los juriconsultos como el más excelente libro de Derecho Internacional privado. El ilustre catedrático Sr. Fernández Prada ha prestado un verdadero servicio con esta traducción, que ha enriquecido con excelentes notas referentes á la legislación española, haciendo un libro de grandísima utilidad para los abogados y notarios, que se vende al precio de 6 pesetas.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y sano

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Querido enfermo. — Fíase Ud. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán Apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Ud. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICION ILUSTRADA
à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LICOR LAVILLE GOTA
del D^r LAVILLE GOTA
REUMATISMOS
Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
P. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Succesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.



¡ALTO!, cuadro de Laureano Barrau (Salón de París de 1893)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

JARABÉ ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABÉ DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anémia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteracion de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrofulosas y escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energia vital**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT DE PARIS**
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los **Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion y Comprimidos DE EXALGINA DE BLANCARD
JAQUECAS COREA REUMATISMOS DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
 PARIS, rue Bonaparte, 40